

**Piernas y Hurtado, José**

**Consideraciones acerca del principio de la  
solidaridad y de sus consecuencias en el orden  
económico / discursos de recepcion del Ilmo. Sr.  
D. Jose Piernas y Hurtado, y de contestacion del  
Excmo. Sr. D. Amos Salvador y Rodriganez, leidos  
en junta publica de 12 de marzo de 1905**

Madrid : [s.n.], 1905

Signatura: 69347

La obra reproducida forma parte de la colección de la Biblioteca del Banco de España y ha sido escaneada dentro de su proyecto de digitalización

<http://www.bde.es/bde/es/secciones/servicios/Profesionales/Biblioteca/Biblioteca.html>

Aviso legal

*Se permite la utilización total o parcial de esta copia digital para fines sin ánimo de lucro siempre y cuando se cite la fuente*



«CONSIDERACIONES ACERCA DEL PRINCIPIO DE LA  
SOLIDARIDAD Y DE SUS CONSECUENCIAS EN EL ORDEN  
ECONOMICO»

---

DISCURSOS

DE RECEPCION DEL

ILMO. SR. D. JOSE PIERNAS Y HURTADO

Y DE CONTESTACION DEL

EXCMO. SR. D. AMOS SALVADOR Y RODRIGAÑEZ

Leídos en la Junta pública de 12 de marzo de 1905

MADRID, 1912

347

**LIBRERIA JIMENEZ**

Mayor, 66

Plaza de la Villa, 1

MADRID





1 000000 391725

69347

# DISCURSOS

DE RECEPCIÓN DEL

ILMO. SR. D. JOSÉ PIERNAS Y HURTADO

Y DE CONTESTACIÓN DEL

EXCMO. SR. D. AMÓS SALVADOR Y RODRIGÁÑEZ

Leídos en la Junta pública de 12 de Marzo de 1905.

~~~~~

## TESIS:

«Consideraciones acerca del principio de la solidaridad  
y de sus consecuencias en el orden económico.»



## DISCURSO

DEL ILMO. SR.

### DON JOSÉ PIERNAS Y HURTADO

---

Nunca ambicioné, Sres. Académicos, el honor, que juzgaba inmerecido, de sentarme á vuestro lado, y menos pude imaginar que alcanzaría esa honra agrandada por el hecho de venir al sitial que ocupaba, desde la fundación de este Instituto científico, el sabio maestro, eximio político y celosísimo gobernante D. Laureano Figuerola.

Fuí primero su discípulo, su amigo después, y siempre admirador de sus raras dotes y virtudes; por eso mis palabras no son de mera obediencia á la justificada costumbre de rendir tributo á la memoria del académico á quien se sustituye, sino que expresan vivos y muy hondos sentimientos, de dolor por la pérdida de un hombre ilustre, de cariño, de estimación y de respeto al recuerdo de su obra trascendental y fecunda.

Era Figuerola un pensador, era un filósofo; mas con la firmeza de su voluntad y la energía de su razón poderosa logró un perfecto equilibrio de facultades, y alcanzó la difícil hermandad entre las cualidades del sabio y el arte para la vida, llegando á ser modelo de acierto y diligencia en la administración de los intereses públicos. Así, con su vasta



cultura y su laboriosidad envidiable, brilló en la Universidad y en la Academia, en el Foro, en el Parlamento y en el Gobierno, y á pesar de que su palabra no era flúida ni retórica, como tenía la elocuencia de las ideas, la profundidad del juicio, la severidad dialéctica y el calor del convencimiento, sus lecciones, que abrían amplios horizontes en el ánimo de los alumnos, dejaban en ellos permanente huella, sus severos discursos impresionaban en las Cortes y en las Asambleas populares causaban la emoción y los efectos que tanto halagan al orador tribunicio.

La consecuencia política de Figuerola y la rectitud de su conducta en esa esfera le ganaron la consideración y el respeto de sus mismos adversarios, ya que nunca tuvo enemigos personales, y no debemos, en verdad, quejarnos de que los deberes de partido y los cuidados del mando absorbieran una gran parte de su entendimiento y su trabajo, porque con ellos hizo eminentes servicios al país y nos dejó grandes bienes, aunque sea de lamentar, por otra parte, que eso perjudicara á la labor científica y no dejara consignados Figuerola, en alguna obra fundamental, sus grandes conocimientos jurídicos y económicos, que no escribiera aquellas interesantes explicaciones que daba en la cátedra sobre el *Derecho político comparado*, y quedase en los comienzos una exposición de la ciencia económica, que él llamaba *Filosofía del trabajo*, y comprendía con toda la amplitud que dieron á ese conocimiento las teorías de Carlos Dunoyer.

Son, sin embargo, tan grandes en el número como en el mérito los estudios impresos, ora jurídicos, políticos ó económicos, los discursos de controversia y propaganda en la Sociedad de Economía Política, en la Asociación para la reforma de los Aranceles de Aduanas y en las Cortes, así como los informes y otros trabajos de Figuerola, que avaloran los tomos de Memorias de esta Academia. Aunque fragmentaria, semejante labor nos da una idea de lo que hubiese podido hacer Figuerola, dedicado exclusivamente á la tarea apacible y un tanto egoísta de la investigación científica, si



no se hubiera visto lanzado por su generoso espíritu á las agitaciones y sinsabores de la vida pública.

En ella se elevó rápidamente á uno de los primeros lugares de su partido y aún mereció llegar más alto; pero Figuerola no era de los que codean entre la multitud para abrir paso á su ambición, sin otro título que la audacia, y, al contrario, subió empujado por el deseo de los demás, cediendo á los mandatos de la opinión pública, que hubieron de vencer la resistencia de su desinterés y su modestia. Dos veces Ministro de Hacienda, sufrió las terribles angustias y zozobras que el poder causa á aquellos que tienen conciencia de los deberes y de la responsabilidad que impone; mas también gozó de grandes y muy legítimas satisfacciones con el éxito que obtuvieron sus esfuerzos. Prueba de una de ellas nos da el libro titulado *La Reforma arancelaria de 1869*, en el que Figuerola, sin alarde ni pasión alguna, se deleita mostrando los beneficiosos resultados que produjo aquella medida, tan duramente impugnada, y de otra hallamos testimonio en la *Memoria presentada á las Cortes Constituyentes en 1870*, acerca de la situación de la Hacienda pública, del estado en que se hallaba al triunfar la revolución de 1868 y de las enormes dificultades que entre esas dos fechas habían sido dominadas y vencidas.

Nadie entró en el Ministerio de Hacienda con mejor preparación que la suya, ni tampoco le excedió ninguno en cuanto á la magnitud de la empresa realizada. Como él mismo lo dice en la *Memoria* antes citada, Figuerola hubo de *levantar á pulso una Hacienda postrada en el suelo, en medio de una vivísima lucha de los partidos y en un largo período de agitación revolucionaria*. Mendizábal, con su valeroso genio, consiguió la victoria en lucha fiera, arrolló grandes obstáculos, arbitró recursos que parecían imposibles y evitó la quiebra y la caída de las instituciones constitucionales; Bravo Murillo, inteligente, enérgico y austero, en pugna con los adversarios políticos y sus propios compañeros en el Consejo de Ministros, logró imponer á todos la elevación de sus mi-

ras, cortó abusos, moralizó la administración, regularizó los presupuestos, liquidó la tan embrollada deuda pública y asentó la organización de la Hacienda del Estado sobre bases tan sólidas que en lo fundamental se conservan todavía; después Camacho, íntegro, celoso, trabajador infatigable, reformó la administración, cuidando hasta de los pormenores de ella, halló muchos recursos para el erario, extinguió el *déficit* y llevó á cabo, con sus conversiones de la deuda, la operación más hábilmente conducida y de más provechosos resultados que hay en la historia de nuestro crédito público; pero Figuerola atravesó circunstancias tan críticas y extraordinarias como las que rodearon á Mendizábal; nos libró, como él, de la bancarrota, que entonces parecía también inevitable, fué asimismo el verdadero sostén de una situación política difícilísima, y encontró á la vez manera de realizar una obra administrativa aún más completa que la ejecutada, en épocas relativamente tranquilas, por Bravo Murillo y Camacho. Maravilla, en efecto, dados el tiempo y las condiciones en que desempeñó el gobierno, que pudiera llevar su atención y la reforma á todos los aspectos y múltiples servicios de la vida financiera, desde los principios constituyentes, que afirmó en las leyes de Contabilidad y del Tribunal de Cuentas, hasta los últimos desarrollos y aplicaciones de la gestión activa; estableció el actual sistema monetario, sin que le toque responsabilidad alguna por el mal uso que se ha hecho de las discretas bases que adoptara; suprimió los impuestos de portazgos y sobre caballerías y carruajes, incorporándolos á la contribución territorial, y mejoró el régimen de ésta, dando acertado impulso á los trabajos catastrales por masas de cultivo; abolió el estanco de la sal, refundió en uno los derechos que gravaban á la navegación marítima; rectificó con importantes novedades la legislación del subsidio industrial, la del papel sellado y la aplicada en las traslaciones de dominio; borró el derecho diferencial de bandera é hizo la transcendental reforma arancelaria á que ya hemos aludido; afortunado en el manejo de crédito, zanjó leal y



airosamente el conflicto producido por el vacío con que encontró la Caja de Depósitos, y dictó la ley de caducidad para las reclamaciones contra el Estado, y en cuanto á la organización, modificó las plantas de la administración central, fijó el carácter y las bases que se mantienen en la provincial, creó el cuerpo de Tesorería y Contabilidad del Estado, ordenó la contabilidad del material y reguló los procedimientos de apremio, sin que hayamos abarcado en esta ligera enumeración todas las iniciativas y mejoras desarrolladas por Figuerola en el Ministerio. Hasta en sus equivocaciones fué grande y digno de alabanza, porque si fracasó en el empeño de sustituir con otra de forma directa la contribución de consumos, cábele la gloria de haber acometido una empresa á la que nadie más que él se atreviera, dando á su pensamiento condiciones con las que tal vez hubiera arraigado en épocas normales. Es que Figuerola tenía la fe política, el entusiasmo y la decisión de Mendizábal, el talento para la organización y la rectitud de Bravo Murillo y las cualidades de probo administrador que distinguieron á Camacho, sumando de esta suerte á su inteligencia superior y más cultivada los méritos que adornaron á nuestros primeros hacendistas, para hablar solamente de los que fueron y pertenecen ya á la Historia.

De muy buen grado insistiría en la demostración de las indicaciones anteriores, si no temiese exceder los límites en que ha de contenerse esta evocación cariñosa, y la misma consideración impide que me detenga á señalar los caracteres y nobilísimos rasgos que enaltecen en su vida privada á Figuerola, que tuvo tan sensible el corazón como era firme su cerebro, y fué siempre de ordenadas costumbres, en extremo sencillo y bondadoso. No hace falta, además, entre vosotros el recuerdo en este sentido de quien os inspiró tantos afectos y pudisteis apreciar, durante largos años, la discreción, el afable trato y don de gentes con que desempeñó los cargos y Presidencia de esta Academia.

Después de esto, aunque parezca innecesaria, es obligada la protesta de que yo no pretendo reemplazar á Figuerola

ni llenar su puesto, y lo único que puedo ofreceros, para responder á vuestra gran benevolencia, es tomar de su ejemplo la asiduidad al trabajo y el amor que él sentía por esta casa.

Y ahora preciso es, Sres. Académicos, que salve el compromiso en que me encuentro de disertar acerca de *algún punto interesante de las ciencias morales y políticas*. Voy á hacerlo tranquilo y confiado, no porque abrigue la esperanza de que el resultado de mis esfuerzos llegue á ser digno de su objeto, sino porque me anima la idea de que vosotros, que tan generosos fuisteis al obligarme, habréis de serlo también al estimar el valor de la pequeña ofrenda que mi gratitud os rinde. He cuidado además, aun á trueque de aumentar las dificultades de esta tarea, de elegir un tema de carácter fundamental que, por su transcendencia, merezca la atención, que interese por sí mismo, sean cualesquiera las deficiencias de desarrollo con que se presente, y me propongo someteros algunas *consideraciones acerca del principio de la solidaridad y de sus consecuencias en el orden económico*.

Aunque por su etimología tiene en nuestro idioma una significación puramente jurídica, la palabra solidaridad recibe de los científicos y en el lenguaje común sentido mucho más amplio, se halla en todos los labios y en todas las plumas con representación de mayor alcance y transcendencia. Como dice Charles Gide (1), el prestigio de que antes gozaba el término libertad, las grandes virtudes que se le atribuían y el uso frecuentísimo que de él se hiciera, han pasado ahora al vocablo solidaridad, enunciador de una idea que se ofrece á título de clave para la solución de los arduos problemas sociales.

Solidaridad quiere decir responsabilidad de los que mancomunadamente se obligan á hacer un servicio ó pago determinados, respondiendo cada uno de ellos de la totalidad de

---

(1) *L'idée de la solidarité en tant que programme économique*.—Artículo publicado en el núm. 5 de la *Revue Internationale de Sociologie*.



la prestación ó de la deuda. Hay también acreedores solidarios, cuando varias personas tienen derecho á reclamar el cumplimiento de una obligación, que quedará extinguida tan luego como alguno de ellos consiga hacerla efectiva, y ese vínculo de solidaridad entre deudores ó acreedores puede nacer de un contrato, de la ley, de un testamento ó de sentencia de los Tribunales.

Las obligaciones solidarias se llaman así de *sólido* (1), ya por la firmeza con que ligan á varios *deudores*, ya por la garantía que encuentran en que cada uno de éstos responda *íntegramente* del cumplimiento, y tienen como notas distintivas (2) la unidad de objeto ó prestación y el carácter colectivo. Por otro lado, la condición del deudor solidario depende de la conducta de los otros que con él se obligan, porque su insolvencia le afecta, y la satisfacción por algunos de ellos de lo conjuntamente debido reduce para los demás el compromiso á parte alícuota, y es de observar también que, como antes se ha indicado, la solidaridad no es sólo pactada y voluntaria, sino que en muchos casos aparece creada por la naturaleza misma de las cosas y viene impuesta por actos ajenos y hasta por el mandato de las leyes positivas.

No es de extrañar, por lo tanto, que ese concepto de la solidaridad se haya extendido desde ciertas relaciones jurídicas á la relación social, desde una mancomunidad accidental é imperfecta al vínculo de unidad que férrea y naturalmente enlaza y obliga á todos los individuos de la especie humana (3).

---

(1) Barcia.—*Diccionario etimológico*.

(2) Sánchez Román.—*Estudios de derecho civil*, tomo IV, pág. 54 de la segunda edición.

(3) Boisguillebert, en su obra titulada *Factum de la France*, que lleva la fecha de 1707, usaba ya el vocablo con ese mismo sentido. «Hay, decía, solidaridad necesaria de intereses no sólo de hombre á hombre y de provincia á provincia dentro del mismo Estado, sino también de país á país.» Edición de Guillaumin, pág. 261.—Pierre Leroux expone ya fundamentalmente el concepto de la solidaridad en su libro *De l'Humanité*, 1840.

De algún modo había de llamarse la mutua dependencia, la reciprocidad *necesaria* en que vivimos los hombres, y ese aspecto ó segundo grado de la responsabilidad personal, que lleva á los demás las consecuencias de mis actos y á mí me impone el resultado de las ajenas acciones, que hace trascender á la masa entera de la sociedad los más ligeros movimientos de las actividades *individuales*.

Trátase de una ley que fatalmente se cumple, que es universal y alcanza sin excepción á los seres todos, que expresa la unidad de lo creado, y es social, porque es biológica.

El principio de la solidaridad, reducido á nuestra esfera, tiene una acción que *se siente y se razona*. No están los hombres ligados materialmente, aunque existen entre ellos relaciones de orden físico, como se demuestra con las enfermedades contagiosas; pero los vínculos morales son tan íntimos, que en la situación y la vida de cada uno hay más obra de los demás que suya propia. Mi nombre, decía Goethe, representa la colaboración de las innumerables personas que inspiraron los escritos que yo firmo. «No somos meros espectadores en los dramas de la sociedad, sino los actores de ellos; cómplices ó víctimas, si los conflictos se resuelven por la violencia, los odios y las lágrimas; protagonistas también, si se llega al desenlace con la paz, la justicia y el amor» (1).

Hay un símil que da muy buena idea de la transcendencia que tiene el acto humano. La piedra arrojada al lago rompe el cristal de la superficie, agita violentamente algunas gotas del agua y alrededor del punto donde cae se forma una onda circular, alta al principio, que va reduciéndose luego al par que avanza, pero que llega necesariamente á las orillas, porque la piedra, que bajó hasta el fondo, conmueve toda la masa del líquido y cambia el nivel del lago. Del mismo modo cualquiera acción del hombre afecta á toda la especie, inmediata y visiblemente á los individuos más próximos al que obra, con influencia más tenue y menos claramente percibi-

---

(1) Bourgeois.—*Solidarité*, pág. 30.



da, pero igualmente positiva y cierta para los ojos del espíritu, á los que viven en relación más lejana.

La conducta del padre es decisiva en cuanto á la condición moral y económica de los hijos; el proceder del hermano nos alcanza por los resultados, y somos partícipes de sus aciertos y de sus errores, de su adversidad y su fortuna; las cualidades del amigo, del compañero y del socio son factores de grande importancia en nuestra suerte, influyen después sobre nosotros los actos del convecino, los del compatriota, y así por la misma ley los de todos los miembros de la humanidad, sin que llegue á cerrarse nunca, por lo mucho que se extiende, esa serie de círculos graduados en la responsabilidad colectiva. Cuando la acción es de un hombre por su posición ó condiciones eminente, de un legislador ó de un guerrero, como Licurgo, Carlos V ó Napoleón, de inventores como Gutenberg, Colón ó Edison, entonces la oleada de ese influjo es muy sentida y visible, pero es sólo la magnitud ó la intensidad del fenómeno lo que cambia en tales casos, porque las consecuencias son de igual naturaleza respecto de las acciones más insignificantes por razón del sujeto ó de su fin, á manera que la piedra grande ó chica produce siempre análogos efectos arrojada sobre el lago.

Y la relación de que hablamos no es solamente actual ó de momento determinado, sino que se extiende sin limitación alguna por el tiempo, y comprende á los hombres que fueron, á los que son y á los que están por venir, ya que las generaciones se suceden por herencia, se transmiten su activo y su pasivo, la sangre de los cuerpos, las ideas y sentimientos del espíritu, la cultura, la civilización y la riqueza. Los presentes somos un eslabón de la gran cadena humana, representantes de los pasados, causantes de los futuros, que hemos nacido en las condiciones establecidas por los antecesores y preparamos el advenimiento de los que han de reemplazarnos, cuya suerte se encuentra en nuestras manos. El gobierno de las sociedades, decía Comte, es ejercido, más que por los vivos, por los muertos, que son mucho más numerosos que los pre-

sentes, y contribuyen con mayor parte á la formación del *gran ser humanitario*.

El hecho de la solidaridad es evidente y su causa es conocida, porque en el orden humano, como para todos los demás, se halla en la unidad de nuestra especie y su destino. Siendo común el fin, el que obra el bien lo hace para todos, y el que se conduce mal, daña ó pone un obstáculo al interés colectivo.

La solidaridad no es más que un aspecto ó consecuencia de la sociabilidad de los hombres; somos solidarios á título de socios, y como este vínculo, que crea la naturaleza, independientemente de la voluntad de los asociados, alcanza á la vida entera, la sociedad humana es total y la responsabilidad en ella ilimitada. Diferénciase por esto la solidaridad natural de la que, nacida en un contrato, hace responsable á cada una de las partes de la totalidad de una obligación ó de una deuda, ya que, en la sociedad natural, el hombre no está obligado á cumplir *todo el fin*, en el sentido de que éste se halle á su cargo, y la obligación se reduce, para cada uno, al empleo de sus facultades en la tarea común, á una cooperación proporcionada á los medios y condiciones individuales.

Prueba irrecusable, enérgica revelación del carácter social de nuestra especie, la solidaridad obedece en todas sus manifestaciones á las leyes que rigen el hecho de la sociedad en que se engendra. Sociedad y solidaridad son modos de ser impuestos á la condición del hombre, son, como la verdad y la ciencia, cosas objetivas en las que nuestra acción se encuentra limitada á los accidentes y las formas. Hemos de vivir en sociedad, aunque reneguemos de ella, del mismo modo que las verdades existen, aunque nos empeñemos en desconocerlas. La sociedad y la solidaridad se pactan, porque ambas son naturales, y la voluntad del hombre no alcanza más que á definir las, á organizarlas, como la obra de la inteligencia se reduce á inquirir y sistematizar verdades y principios que ella no crea. Toda sociedad existía antes de ser pactada, y aun las más reducidas y especiales que parecen resultar ex-



clusivamente de un contrato, no hacen más que estrechar relaciones preexistentes; los capitalistas, los obreros, los artistas ó los científicos que constituyen una asociación para cumplir mejor los fines á que viven dedicados, eran ya socios sin haberlo declarado, por la comunidad que ligaba los intereses respectivos.

Aunque Fouillée sostiene (1) que no puede haber sociedad «sin un acuerdo interno, sin un deseo de unión más ó »menos consciente y sin una representación más ó menos »vaga del todo en que se entra como parte», lo cierto es que la sociedad natural existe, aun sin conciencia ni voluntad de los hombres, como nos lo demuestra el principio de la solidaridad, que se encarga de hacerla efectiva. Ha llegado á decirse que el pacto es el origen de la sociedad porque realmente lo es de su *organización* y de sus condiciones; pero la conciencia y el sentimiento de la unidad no hacen más que reconocer y determinar los vínculos naturales. Así la solidaridad se cumple, á pesar de que la humanidad no sólo no está constituida en asociación, sino que vive dispersa y fraccionada, por los antagonismos de raza, los exclusivismos nacionales, las guerras de los Estados, las oposiciones de los grupos inferiores y las frecuentes rebeldías individuales.

En el hecho de la convivencia, que no en la voluntad, se halla el origen primario de la relación entre los hombres: los que moran en el mismo edificio se hallan en una comunidad que se extiende á los vecinos de las casas próximas, á los habitantes del barrio, á los pobladores de la ciudad, á los miembros de la nación, á los compañeros de continente, y al cabo á la especie entera y á todo el Universo, de que somos meros inquilinos (2). Á medida que la población crece y se acortan los espacios que separan á los hombres, la sociedad

---

(1) *Mouvement positiviste*, pág. 243.

(2) «La naturaleza ha encerrado juntos á todos los hombres en un espacio determinado, por medio de la forma redonda que ha dado al domicilio común (globus terraqueus).» Kant.—*Principes métaphysiques de droit*, pág. 239.

natural se amplía y se organiza. Por eso decía Spencer que, á la manera de los cuerpos físicos, el organismo humano se desarrolla en proporción á la cantidad y calidad de los elementos ú órganos, entre los que cada vez es mayor la mutua dependencia.

Todos nuestros esfuerzos serán inútiles para evitar las imposiciones de la sociabilidad y para romper el lazo que nos hace solidarios con la especie: el misántropo, que huye del trato social, el anacoreta, que se traslada á un desierto, y el náufrago, en la isla inhabitada, verán reducida la amplia comunicación en que antes vivieron con los otros hombres; pero más ó menos cercana, continuarán sintiendo la influencia de éstos, y por muy alejados que parezcan de la sociedad, seguirán formando parte de ella.

Resultaría vano, por lo tanto, discutir si la solidaridad, que extiende de unos á otros los males, como los bienes, es una ley para nosotros provechosa, ó convendría más al bienestar del hombre que no fuera tan intensa la responsabilidad colectiva. Respecto de las leyes naturales, la crítica no tiene objeto, la resistencia sería insensata y se hace forzosa la obediencia; debemos estudiar esas leyes, no con el estéril propósito de eludirlas ó reformarlas, sino para mejor lograr su cumplimiento y poner los medios que dependan de nuestra conducta á fin de utilizar lo que de ellas sea conveniente y evitar ó restringir las consecuencias, para nosotros desfavorables, que de su aplicación se deriven.

Estas sumarias consideraciones no intentan siquiera el desarrollo de una teoría de la solidaridad que, de manera completa, no ha sido formulada todavía, y han de limitarse á señalar los primeros y más fundamentales principios que de esa ley se deducen, y su acción en el orden moral y en el jurídico, para llegar á las principales manifestaciones con que en la vida económica se cumple.

Por de pronto, la idea de la solidaridad resuelve, de modo inapelable, la oposición que en algunas doctrinas se mantiene entre la sociedad y el individuo. No, el fin humano no



ha de cumplirse sólo individualmente, cuando la responsabilidad es de la especie. El hombre no existe por sí y para sí exclusivamente, sino por los demás y para ellos; tiene una vida propia, pero no es ésta la única, y así vemos que los órganos de relación con las cosas importan tanto como los que sirven para la comunicación social. ¿Cuántas veces nos determinamos por motivos puramente personales? ¿Cuántas otras nuestra conducta se determina por consideraciones familiares, políticas ó civiles? La individualidad absoluta no es siquiera racional; la personalidad quiere decir limitación é impone las relaciones con otros seres, y, como dice Wundt, el individuo aislado es una pura abstracción que jamás se da en los hechos, porque no conocemos más que el individuo social. Somos partes de un todo, que no podemos romper, ó, según la frase de Lewes, unidades que entran en la composición del organismo de la sociedad (1). La solidaridad nos enseña que la acción y la vida colectivas son tan reales como la misma existencia individual, que es la humanidad, la verdadera y total persona, y el sujeto, que tiene á su cargo el cumplimiento de nuestro destino. «Los grandes ríos, el impetuoso mar, formados están por gotas, que si se dispersan son absorbidas por la tierra ó el sol las evapora..... La fuerza, la vida están en el conjunto, en la corriente» (2).

Pero á la vez esa ley de que venimos hablando vigoriza la personalidad individual, al mostrar la influencia que sus actos tienen en la suerte de la colectividad humana. El individuo es el elemento fundamental y primario (indiviso), la célula en la sociedad (3), y ésta no limita ni cohibe la esfera

---

(1) «Yo no soy, en el conjunto de un magnífico concierto, más que una sencilla nota.» Fichte.—*Destination de l'homme*, segunda edición, página 322.

(2) Pérez Pujol.—*Discurso inaugural en el Ateneo de Valencia*.

(3) Para Schäffle, con la mayor parte de los sociólogos, la familia es la célula social. Pero ¿qué es entonces el individuo en esa célula? La familia no es un elemento *para la sociedad*, sino una colectividad ya organizada, la primera y más natural de todas las sociedades. El germen de la sociedad está en cada uno de los hombres. Por otra parte,

natural de aquél, sino, al contrario, la ensancha y desarrolla con los medios que al hombre proporciona el concurso de sus semejantes. El individualismo, escribe Majorana, es como la distinción de los seres y las cosas; por eso se da en la sociedad lo mismo que en la mecánica (1). El hombre, al *organizarse* con sus iguales en el régimen social, coopera á la obra común y desempeña en ella una función determinada; mas siendo el individuo servidor y representante de la comunidad, tiene por esos conceptos las facultades y atribuciones que son inherentes á todo cargo, la potestad que necesita *el funcionario* para cumplir la misión que se le haya encomendado. La solidaridad no autoriza para negar las libertades individuales, porque la responsabilidad colectiva que aquélla establece viene después de la personal, que exige para cada hombre la posibilidad de determinar sus actos y le obliga á consultar su propia conveniencia. Además, el individuo contribuye al fin social como el guarismo á la cantidad, y no es indiferente para ésta que el guarismo sea uno ó sea nueve y que esté colocado en unas ú otras condiciones, por donde aquí, como siempre, la salud del todo depende de la vitalidad y la energía de las partes. La referencia ó la subordinación del individuo á la sociedad tampoco es de carácter absoluto; las influencias entre esos dos elementos son recíprocas, viven en continuas acciones y reacciones mutuas, y mientras que la colectividad tiende á la conservación y al reposo, las iniciativas para la evolución y el progreso nacen de los individuos ó de las asociaciones particulares, la Universidad, la Iglesia, etc., que de esta manera sirven á la sociedad total, contrariándola á fin de conseguir su modificación y su mejora. ¿Puede acaso encerrarse el ideal de la existencia humana en un cierto sistema, régimen ó momento de la vida colectiva? La solidaridad no

---

históricamente, según numerosos indicios y muy autorizadas opiniones, la tribu ha sido antes que la familia regularizada, porque ésta sólo pudo constituirse en el seno y al amparo de la tribu.

(1) *I primi principii della Sociologia*, pág. 42.



obliga al hombre á renegar de su propio pensamiento. Aunque nos sometamos al ideal común ó dominante, aunque estemos obligados á respetar el sentimiento colectivo y transijamos con él, esta sumisión no es absoluta ni una abdicación del juicio individual, de su emisión y propaganda.

Individuo y sociedad son modos de ser humanos, no se dan el uno para el servicio del otro, sino como formas de una misma actividad, empeñada en la obra de nuestro racional destino, y el principio de la solidaridad, demostrando la unidad de esa tarea, armoniza los esfuerzos y el bien de los dos elementos que en ella colaboran, porque el interés del individuo *social* no puede ser contrario á su naturaleza, y el fin de la colectividad no puede estar en oposición con el de los miembros que la forman y de los que depende su existencia (1).

En cuanto al orden moral, halla en la solidaridad su más firme y ancha base, sobre todo para los que piensan que la moralidad es cosa puramente social, producto de la civilización y de la historia (2). Nada puede hacer tan amable el bien y tan repulsivo el mal como la idea de su transcendencia y efectos perdurables, y mediante la solidaridad el acto bueno es semilla que fructifica en beneficio de todos, y la acción inmoral virus que alcanza á los más inocentes de la falta. La responsabilidad personal, el bien que recibimos de los demás ó los perjuicios que sufrimos por su causa, moralizan mejor que las consecuencias, que inmediatamente nos afectan como resultados de las propias acciones. La virtud y la fuerza de

---

(1) «Cuanto más pequeños son los círculos sociales, más estrechamente nos encierran; hay una relación directa entre la extensión del círculo y el desarrollo de la individualidad, de tal manera que el crecimiento de ésta determina los sentimientos cosmopolitas.» Simmel.—*La différenciation sociale*, pág. 8.

(2) «Si la sociedad lo es todo, si el destino del hombre está todo encerrado en ella, es claro que el principio fundamental de la moralidad consiste en el deber social. Los deberes para con nosotros mismos no serán más que condiciones y medios para mejor cumplir nuestros deberes con los otros.» Darlu.—*Solidarité et morale personnelle*. Conferencia inserta en el *Essai d'une Philosophie de la solidarité*, pág. 128.

los buenos ejemplos están, más que en el espíritu de imitación, en la consideración de los efectos por ellos producidos. ¡Cuántas veces el hombre se modera y contiene sus pasiones, no por temor al daño que á él puedan ocasionarle los vicios, sino para evitar el sufrimiento de los hijos, de la esposa, del hermano, del amigo y aun de los extraños con quienes está más ó menos íntimamente relacionado! Y al par que así detiene muchos males, la solidaridad, dando al hombre la posibilidad de favorecer á sus semejantes sin limitación de tiempo ni de espacio, estimula poderosamente al bien á las almas generosas y desinteresadas que, por atención á los suyos, á la ciudad, á la patria ó las conveniencias humanas, hacen esfuerzos y sacrificios que no realizarían en su exclusivo provecho. Si la moralidad consiste, ante todo, para cada voluntad particular en reconocer é imponerse un fin además del suyo propio; si la moral exige que el acto se ejecute por *deber*, por mandato de la razón, la idea de la solidaridad es la que mejor cumple esas condiciones. «Toda pretensión »egoísta de acomodarse á la ley moral, trabajando única- »mente por nuestro bien personal, sin cuidar de los demás, »es evidentemente vana é irrealizable desde el momento en »que somos solidarios, porque yo no puedo mejorarme ni »corromperme sin ventaja ó perjuicio para los *otros*» (1). Y si el egoísmo absoluto se hace imposible, el altruísmo no es ya la abnegación, es el deber, puesto que en virtud de la solidaridad se refleja sobre mí el bien que hice á los demás, y se convierten los deberes para con nuestros semejantes en deberes para con nosotros mismos. La comunidad, que por medio de la solidaridad se establece, engendra la simpatía, el sentimiento afectivo, que Comte estimaba como indispensable para la vida social, porque nos permite amarnos y servirnos en todo lo que es humano (2). Ha de considerarse el

---

(1) Marion.—*De la solidarité morale*, 5<sup>e</sup> édit., pág. 320.

(2) Comte creía, sin embargo, que la moralidad no debía ser el resultado del sentimiento de la dependencia exterior, porque esta idea sólo pudo inspirar una resignación forzosa; mas la mutua dependencia



hombre, escribe Fichte, como rueda que debe engranar del mejor modo posible en un mecanismo universal: entonces, y sólo cuando así suceda, podrá decirse de cada uno que ama á su prójimo como á sí mismo, por lo que le amará como una parte del todo á que pertenece (1). Se pensará tal vez que esa responsabilidad común, por la que nos atribuimos los bienes creados por otros y gozamos de ellos, sufriendo al mismo tiempo como víctimas de las ajenas culpas, puede debilitar la responsabilidad personal, convidar á la inacción y hacer que desmayen las actividades sanas por el temor á los demás; pero todo esto, que es seguramente cierto, importa mucho menos que las influencias moralizadoras de la solidaridad, antes señaladas, y sólo quiere decir que esa ley, como todas las que rigen la vida humana, no hace el bien ni el mal por sí misma, los difunde únicamente, y somos nosotros los que hemos de cumplirla y de proceder conforme á sus mandatos. En último término, bien podemos afirmar que en lo individual y en lo social la conducta inspirada en el criterio de la solidaridad ha de ser necesariamente buena y sancionada por la moral.

Y respecto del derecho, sea cualquiera el origen que se le asigne, será forzoso reconocer que tiene en la solidaridad su fundamento y su objeto. Sea ó no el derecho un fenómeno meramente social, es sin duda alguna derivación inmediata de la sociedad. Porque somos solidarios y consocios y dependemos unos de otros, nacen entre todos las prestaciones obligatorias y las exigencias legítimas que las reclaman. Sociedad es organización de actividades, cooperación para un fin

---

es evidente, y lo que interesa es convertir la imposición del hecho en dictado de la razón, ya que los efectos simpáticos espontáneos no ofrecen la solidez ni la garantía que da el deber razonado. Además, los *sentimientos naturales de benevolencia* no perderán nada con ser educados.

(1) *Destination de l'homme*, 2<sup>o</sup> édit., págs. 276 y 277 — «Amaos en los demás, dice Pierre Leroux, porque en ellos está vuestro objeto y sin ellos no es nada vuestra vida; amaos en los demás, porque si no os amáis así, es que realmente no sabéis amaros.» *De l'Humanité*, tomo I de la 2.<sup>a</sup> edic., pág. 154.

determinado, y el derecho es el principio organizador, la regla que señala á cada uno el esfuerzo que le toca y el puesto que en la labor común le corresponde. La justicia se cumple cuando cada cual pone las condiciones que de él dependen, para el bien de todos, y recibe á su vez las que le son necesarias, y habrá injusticia tan luego como alguno de los asociados rompa la organización, negándose á contribuir al objeto colectivo, estorbando ó contrariando su realización en cualquier forma. Hacer efectiva la solidaridad es la misión del derecho, que no es relación de estos ó aquellos hombres, sino de todos entre sí y de cada uno con la especie, que ha de manifestarse por lo tanto en todas las esferas de la vida por medio del contrato, de la ley política ó de la costumbre, y siendo norma para la conducta *humana*, habrá de cumplirse en la persona individual de igual manera que en la colectiva, porque el hombre viene obligado para consigo mismo á obrar jurídicamente. Los mandatos del derecho, que confirman las prescripciones de la moral para hacer exigibles los deberes, tienen también la solidaridad por garantía; mas como esta sanción no es suficiente, tratándose de las condiciones indispensables para el mantenimiento y desarrollo de la sociedad, surge de aquí la necesidad de una institución, el Estado, que á nombre de la justicia y con la fuerza colectiva, dé precisión y fijeza á las reglas jurídicas más interesantes, imponga á cada uno las prestaciones que le corresponden, y evite ó corrija las resistencias y los ataques que opongan al bien común la mala voluntad y el egoísmo. Las ideas de autoridad, de coacción y de pena sólo en el principio de la solidaridad pueden fundarse. Si los actos de los demás me fuesen indiferentes, ¿qué título tendría yo para exigir de ellos una conducta determinada? Si el bienestar de la comunidad no dependiera de los individuos, sería un puro abuso de la fuerza la organización política, encaminada á imponer unas acciones y á prohibir y castigar algunas otras. La realidad de lo colectivo es lo que da vida al derecho y al Estado y sugiere la idea de la justicia; porque la cooperación es precisa,



se hace menester asegurarla, y como no es bastante la espontánea, ha de venir la obligada en cuanto sea posible conseguirla. Sin una constitución jurídica de la sociedad, las relaciones individuales tendrán, al cabo, como garantía el poder del acreedor; pero los fines comunes quedarán totalmente abandonados, mientras que proclamado el derecho todas las obligaciones se convierten en sociales. Por desdicha, es muy pequeña la parte de la solidaridad que realiza el derecho positivo. En tanto que el principio jurídico tiene un valor absoluto, el derecho social es una manifestación relativa, parcial y de sentido histórico; el derecho, que con razón se llama natural, impone todo el bien en nuestra vida interior y para las relaciones exteriores y condena todo el mal causado por la voluntad humana; el derecho escrito es no más que el catálogo de unas cuantas acciones, que se hacen obligatorias, leyes civiles, y otra relación de actos que se prohíben y de los castigos que á su ejecución se aplican, leyes penales, y todavía esa reducidísima solidaridad forzada tiene como agente al poder público, tan difícil de estatuir rectamente, y que no dispone para llevar á cabo su delicada misión más que del toseco instrumento de la fuerza material, la coacción. Sabemos por lo pasado y lo presente cuán á menudo los Gobiernos olvidan su representación y su fin, para servir intereses personales, de clases ó de sistemas políticos, con agravio de la justicia, y harto conocida es también la ineficacia de los medios represivos. Aun inspirándose en el culto del derecho y del interés común, las leyes escritas, que mandan ejecutar el bien, son de muy escaso resultado, porque las obligaciones que consisten en hacer quedan siempre á voluntad del obligado y la Administración pública no puede evitar, ni conocer siquiera, la mayor parte de las omisiones, y las leyes que prohíben el mal y le castigan, además de que son generalmente arbitrarias, se aplican con esa misma inseguridad y por procedimientos tan defectuosos que llegan á ser inicuos.

El derecho, que es un principio esencialmente afirmativo, que hace obligatorias la caridad y el amor, que se dirige á la

razón para que la voluntad haga el bien por el convencimiento, se reduce en manos del Estado político á una cosa exterior, á una regla, casi exclusivamente negativa (1), formulada por medio de mecanismos complicados y muy defectuosos, que nos amenaza, en fin, con la multa, con la prisión ó el cadalso. Y la intimidación no corrige la mala voluntad, no hace más que contenerla, y sólo en tanto que no encuentra aquélla el modo de eludir la pena. El castigo es muchas veces contraproducente, irrita más que cura, porque la represión, como toda otra medicina, expone siempre á la agravación del mal á que se aplica.

Precisamente esa rama del derecho penal, la que debiera estar más influida por el principio de la solidaridad, es quizás la que más se ha separado de él y todavía le conculca en lo que hace á la imputabilidad de los delitos, á la naturaleza de las penas y á los efectos inmediatos de la transgresión legal y del castigo. Ya sabemos que no hay actos puramente individuales, ni exclusivamente colectivos, que todos reúnen ambos caracteres y que de ordinario la influencia de la comunidad sobre el individuo es mucho mayor que la contraria, produciéndose lo que Durkheim llama *coacción social* y Fouillée *determinismo social*; pues bien, los delitos no pueden excluirse de esa doctrina y no serán estimados justamente si en cada caso no se precisa con toda exactitud la parte de responsabilidad que á la sociedad corresponde. La colectividad que con razón se alegra y se festeja para celebrar el genio sublime ó la voluntad heroica de alguno de sus miembros, atribuyéndose participación en esas glorias, debe también entristecerse y flagelarse en presencia de los grandes crímenes, considerando la parte que le toca en ellos. ¿Por qué la sociedad ha de creerse representada en los hombres superiores y no por los criminales, cuando aquéllos son tan pocos y éstos son tan numerosos? Pena, es decir, reforma para el

---

(1) «La ley, dice Marion (*De la solidarité morale*, pág. 342), la ley interviene siempre legítimamente para hacer respetar los derechos, jamás para imponer la perfección.»



delincuente; pero reforma y pena asimismo para la sociedad en que se engendra y se educa, porque los delitos son síntomas de las dolencias sociales, y si aquéllos piden el calmante ó tratamiento adecuado, sólo pueden curarse obrando sobre la enfermedad que los produce.

De igual modo son contrarias á la idea de solidaridad las penas perpetuas y la de muerte, sobre todo, ya que son antisociales. Sea expiación, arma defensiva ó medio correccional, la pena no puede desconocer la sociedad que siempre invoca; por eso, siendo lícito excluir de la asociación pactada, seguramente con esta cláusula, al miembro que sea nocivo, no es racionalmente posible eliminar á nadie de la sociedad impuesta á todos.

Y no están menos desatendidas las consecuencias del delito y de la pena sobre personas determinadas, porque el derecho positivo castiga ó corrige al delincuente; pero no hace efectiva la responsabilidad de la sociedad y su obligación subsidiaria de indemnizar á la víctima, y después, cuando encarcela ó mata al criminal, prescinde por completo de que una familia inocente, muchos seres quizás, quedan abandonados y en la miseria. Ya que no por amor á la justicia, por la conveniencia general, debieran las instituciones sociales atenuar los efectos de la solidaridad en esos casos, en vez de agravarlos, dejando que se produzcan fatal y ciegamente.

El medio más eficaz de carácter coactivo, porque se aplica mediante el impuesto, que puede emplear el Estado en favor de la solidaridad, consiste en el ejercicio de una función educadora. Así como la religión refiere á la divinidad el acto humano, corresponde al Estado referirle á la idea del derecho, á la justicia y á la vida de la sociedad, y más que la enseñanza ó cultura puramente intelectual, interesa y conviene á la misión política atender á la educación de la voluntad y á *socializar*, digámoslo así, á los hombres (1).

(1) «La educación debe subordinar la inteligencia á la sociabilidad, tomando ésta como fin y aquélla como medio.» Comte.—*Système de politique positive*, tomo I, pág. 172.

No es necesario insistir más para justificar la afirmación, que queríamos establecer, de que la solidaridad no se deriva de la moral ni del derecho, sino que es, por el contrario, representación de un principio superior del orden ético, del que han de deducirse los preceptos de la moralidad y la justicia. La solidaridad no regula los actos, sino sus consecuencias, no distingue los buenos de los malos y se aplica indiferentemente á los unos como á los otros; es un fenómeno que se produce mecánicamente, y en rigor no puede decirse que sea ley de la voluntad, porque de ésta depende la acción, pero sus efectos no, y la solidaridad no señala directamente lo que debemos hacer, sino los resultados de lo que hacemos. Claro es que, siendo forma de la responsabilidad humana, la solidaridad sanciona el bien y el mal, según antes hemos visto; pero la recompensa ó la pena son motivos secundarios del deber. En la causa del hecho, en su por qué es donde hallamos regla cabal y verdadero criterio de nuestra conducta.

Toda idea que concebimos, dice Fouillée, al establecer su doctrina de las *ideas-fuerzas*, ejerce acción sobre nosotros y tiende á realizarse (1). Pues bien, la solidaridad es una fuerza constante, pero su reconocimiento no ha llegado sino como fruto de una larga cultura del espíritu y no es todavía una idea con la fuerza necesaria, porque ni la profesan todos, ni muchos de los que la conciben le dan el alcance y el valor que tiene.

El hombre ha vivido bajo la acción de esa ley natural, sin darse cuenta de ella; el instinto le llevó á la sociedad, y á medida que han ido constituyéndose agrupaciones cada vez más extensas, la solidaridad se ha impuesto en ellas por sí misma como condición necesaria para la existencia de las nuevas colectividades. El horizonte humano, cerrado en la familia ó en la tribu, tarda mucho en abarcar la ciudad primero, la nación después, y ahora es cuando comienza á sen-

---

(1) *L'idée moderne du droit.*



tirse la unidad de las razas y se vislumbra allá muy lejana todavía la comunión de la especie. La civilización asciende trabajosamente por esos escalones, que en la solidaridad se apoyan, y no se verá lograda hasta que, llegando al último peldaño, pueda consagrar en toda su plenitud nuestro destino. Civilización y solidaridad son en este sentido ideasequivalentes, porque, como hace notar Comte, el término civilización expresa bien que ella se obtiene por medio de la *unión cívica*.

El egoísmo individual se sacrifica en aras de la familia, la intransigencia familiar se dulcifica en los ámbitos de la ciudad y los antagonismos locales se templan mediante la fusión que se opera en las naciones; pero estas sucesivas afirmaciones de la solidaridad, por lo que tienen de parciales y de violentas, y porque no son obras verdaderamente reflexivas, más bien contradicen que cumplen ese principio. Cada uno de tales círculos de vida se constituye sin ver nada fuera de sí mismo, como si hubiera de ser único, y con más espíritu de hostilidad que de armonía para con las entidades iguales; la comunidad es en ellas muy estrecha, y por eso necesitan para mantenerla una autoridad muy fuerte de padre, de la ordenanza urbana ó del poder ilimitado de los reyes. El exclusivismo y la vigorosa organización con que se establecen las colectividades inferiores son obstáculos que por siglos detienen la formación de obras más extensas; la tribu se resiste á disciplinarse en la ciudad, el municipio quiere conservar sus fueros en el Estado, y las naciones surgen proclamando ante todo su independencia, la separación y aun la oposición entre unas y otras. Estas luchas, que suavizada, y sólo en parte, la violencia primitiva, se sostienen todavía, pruebas son de que el principio de la solidaridad no está reconocido. Cuando chocan entre sí las esferas sociales es porque están mal trazadas, porque se encierran en círculos excéntricos y giran desordenadamente, sin plan y sin unidad que las componga y limite. Hubiéranse conformado con la verdadera idea de la solidaridad y no habría sido necesario reformar esas organizaciones para atender á las justificadas

protestas de la libertad, que reclamaba contra la opresión de la familia en favor de la vida civil, y contra el despotismo de la sociedad política á nombre de fines más altos que los cumplidos en ella. Señalado como fin de todos el humano, ya no puede la libertad invocar un objeto superior ni esfera de acción más amplia.

Hemos llegado á la constitución de las naciones, ó por mejor decir, de los Estados nacionales, aunque muchos de ellos no tienen en realidad ese carácter; pero la solidaridad nacional no existe, ni en la vida interior de los pueblos, accidentada por múltiples antagonismos, ni menos en el sentido que por esto mismo dan á sus relaciones exteriores. El Estado sirve á la unidad jurídica en la comunicación social, y luego, como la nación no cuenta con otros órganos, toma aquél la representación de ésta, y atiende, siquiera sea de una manera muy imperfecta, á los intereses morales y económicos de la comunidad nacional. Trátase, por consiguiente, de instituciones elementales, rudimentarias, porque siendo tan numerosas las funciones de la nación, no tiene más que un órgano para cumplirlas todas, sólo está organizada para el fin jurídico, y los demás órdenes se encuentran apenas iniciados ó viven bajo la dependencia del poder político. La inferioridad de las construcciones sociales más amplias, ahora existentes, se revela además en que precisamente es el derecho, á cargo de la entidad predominante, el que mayores resistencias halla para desenvolverse fuera de las órbitas nacionales; los intereses económicos, la religión, la ciencia, el arte y las costumbres reconocen la solidaridad por medio de numerosas y cada vez más importantes manifestaciones, mientras que las relaciones políticas de los pueblos siguen rigiéndose por la violencia primitiva, hipócritamente disfranzada con tratados que son imposiciones del más fuerte ó convenios de arbitraje mezquinos é ineficaces, y así los Estados se preocupan de la organización militar más que de ninguna otra cosa, y el derecho internacional público á la guerra atiende sobre todo, no para condenarla, sino para regulari-



zar sus barbaries, estimándola como legítima y definitiva sanción de la justicia.

La idea de Humanidad, á pesar de la grandiosa consagración que recibió del cristianismo con la doctrina del pecado original, por la desobediencia de Adán y la redención por los méritos de Cristo, que es, como dice Gide, la más alta expresión de la solidaridad, y no obstante la enérgica proclamación de la fraternidad y la igualdad que hizo la revolución francesa, esa idea de la total comunidad humana no ha arraigado aún en el mayor número de los espíritus, y en los más elevados sólo produce un sentimiento de lo indefinido, una vaga aspiración que no tiene la consistencia necesaria para informar la conducta y transcender á la vida. Tal vez ocurre así porque en aquellas dos afirmaciones, en la religiosa lo mismo que en la política, se predica el amor y se enaltece la simpatía entre los hombres; pero no se llega al concepto de la *cooperación* necesaria de todos para la obra terrena. Sea como quiera, podemos convencernos de lo atrasados que estamos todavía, al oír continuas invocaciones de la solidaridad hechas con un sentido parcial y contradictorio de ese principio; hálbase, por ejemplo, á cada instante de la solidaridad de los obreros, es decir, de una sola clase social, en oposición y enfrente de las otras, en el mismo sentido con que antes se concibió la solidaridad de las castas, de las aristocracias, del sacerdocio, de los reyes, etc. Prueba de que no se comprende la idea es la mala aplicación que se hace de ella, convirtiendo lo que es razón de unidad y de armonía en bandera para la lucha y justificante de los mayores exclusivismos.

Marchamos, sí, hacia la unidad, porque como decía Fichte, «la especie humana tiende á constituir un solo cuerpo homogéneo en su conjunto, y desde el origen del mundo nuestras pasiones, nuestros vicios, nuestras virtudes y los acontecimientos que han sido su consecuencia nos llevan continuamente hacia ese objeto» (1); pero vamos impulsados más

---

(1) *Destination de l'homme*, 2<sup>o</sup> edic., pág. 267.

por la fuerza de las cosas que por los dictados de la razón, y la solidaridad continúa siendo más *mecánica que orgánica*, para emplear el tecnicismo de Durkheim.

¿Cómo negar el poderoso influjo de la idea? Lo que se ha considerado el grupo social, escribe Novicow, ha variado de continuo, fueron sucesivamente la horda, la tribu, la ciudad, el Estado, la nacionalidad; los límites de los grupos no existen en la naturaleza, somos nosotros quienes los fijamos donde nos place. Esos grupos se extienden en razón directa de nuestro horizonte mental, y se traspasarán los límites de la nacionalidad como se han traspasado unos después de otros los de la horda, la tribu, la ciudad y el Estado (1). Á nuestro entender, sin embargo, la acción incesante de la solidaridad natural ha tenido hasta ahora mayor parte en las evoluciones sociales que la reflexión y la voluntad de los hombres; no es seguramente la única causa de las transformaciones que se operan en la vida colectiva, ni pueden explicarse por la solidaridad todos los fenómenos que en la sociedad se producen; pero en esa ley hallamos la razón de muchos de estos fenómenos, y á ella se someten todos.

Y es por cierto bien extraño que, cuando hace más de medio siglo que con tanto ardor se trabaja en la sociología, no haya dado la nueva ciencia al principio de la solidaridad todo el valor que tiene y toda la importancia que merece. Augusto Comte le estima como un supuesto y le cita á cada paso, pero sin establecerle fundamentalmente, y más bien le atribuye un carácter secundario, reduciendo su influencia á la simultaneidad de los movimientos sociales; los otros sociólogos siguen una conducta semejante, y sólo algunos, como Marion, Durkheim, Gide y Bourgeois, han estudiado la solidaridad desde puntos de vista parciales ó con aplicaciones determinadas.

No nos toca discutir si la Sociología es la ciencia predominantemente abstracta y filosófica de De Greef ó el conoci-

---

(1) *Les gaspillages des sociétés modernes*, págs. 244 y 245.



miento positivo y experimental que busca con Comte y Spencer el mayor número de los tratadistas (1); mas si diremos que, sea cualquiera la dirección que se dé á esas investigaciones, la solidaridad ha de ofrecerse en ellas como el primero de los principios ó el hecho más culminante. La ley brinda á la deducción anchísimo campo y debe ser por ella desenvuelta; la averiguación del hecho no ha menester de los laboriosísimos procedimientos de análisis á que se entregan los sociólogos, aunque la observación tenga abundante materia en cuanto á los accidentes y las formas, y el estudio de los resultados producidos por la aplicación ó la inobservancia del principio, así como la consideración de los obstáculos, que por tiempo ó lugar se oponen á su cumplimiento, nos procurarían con la solidaridad clave para una crítica que daría trascendencia á los conocimientos de la Sociología, haciéndolos servir para la reforma de lo presente y la preparación del porvenir.

Si la Sociología se define con las palabras de Fouillée como ciencia que estudia la naturaleza y las formas, las causas y los fines, las leyes de equilibrio y el desarrollo de las sociedades, ¿puede haber para ella algo más interesante que el principio de la solidaridad? Si los sociólogos deben investigar, según entiende Roberty, una ley que dirija la evolución social, ¿podrán acaso hallar otra más general que ésta de la solidaridad, siempre vigente? Todas las hipótesis ó teorías evolucionistas, el transformismo de Lamark y la selección de Darwin, lo mismo que los influjos de la herencia, de la educación, del medio físico, etc., todos se subordinan y acomodan á la idea de la solidaridad, no son anteriores ni superiores á ella, que se cumple sin ellos ó sobre ellos.

Las cuestiones en que más se interesan y discuten los sociólogos, con el principio de la solidaridad se resuelven. Que la sociedad es un ser y organismo natural, demostrado

---

(1) El mismo Spencer creía, sin embargo, que la Sociología es una ciencia que *puede llevarse ya á la deducción*.

queda por la unidad y dependencia mutua que existe entre sus miembros; que hay semejanza y paralelismos entre la vida y movimientos del ser social y la organización y evoluciones de los otros seres, consecuencia es también de la solidaridad entre lo moral y lo físico, recíprocamente influídos, que pensamos, y en la realidad se nos muestran unidos por la comunidad de origen y destino. ¿Cómo extrañar que se busquen y se encuentren semejanzas entre la Biología y la ciencia sociológica, cuando la sociabilidad es una relación de la vida? Precisamente respecto de la total sociedad humana, que no ha pasado todavía de la condición de un puro organismo natural, son más aceptables y están más justificadas las analogías con los seres físicos, porque la humanidad, como dice Fouillée, *es una sociedad en formación* (1), y la voluntad del hombre ha puesto muy poco en ella. No sucede lo mismo con esas asimilaciones, tratándose de las entidades reflexivamente constituidas: la familia, la ciudad ó la nación; entonces las semejanzas, aunque sean reales y se contengan en el justo límite, son más fuente de errores que de conocimientos ó verdades, porque en tales sociedades el elemento natural está regulado y á veces contrariado por las ideas dominantes, y hay en su manera de ser algo ó mucho que es artificial, obra de la razón histórica y exclusivamente humano.

No puede negarse que la humanidad sea un ser, ya que la solidaridad demuestra que lo es; pero si la conciencia y la razón son atributos de la personalidad (2), puede negarse que la humanidad sea una persona, como no lo es el niño á quien falta el desarrollo y la plenitud de sus facultades. Es necesario que la solidaridad se convierta de hecho en idea, de ley natural en ley reconocida y acatada por los hombres, para que llegue á adquirir la humanidad conciencia del fin

---

(1) *Ciencia social contemporánea*, pág. 412.

(2) Véase el desarrollo de esta doctrina en el interesante y eruditísimo estudio del Sr. Giner de los Ríos, titulado *Teoría de la persona social*.



único, y organice, por obra de razón, la diversidad de funciones precisas para cumplirle; entre tanto, los sociólogos, al hacer sus comparaciones y al estudiar las leyes sociales, han de tener en cuenta ese estado de imperfección en que se halla el total organismo humano, y cómo ella trasciende á las agrupaciones ya constituídas y mejor ó peor organizadas.

La Sociología se ha formado para satisfacer una aspiración nobilísima á la síntesis de los conocimientos parciales, y para corregir al mismo tiempo las abstracciones y el estrecho exclusivismo de las viejas ciencias, encerradas en la consideración de uno solo de los principios que rigen la vida humana; mas ¿cómo se sintetiza lo que no está bien analizado? ¿Y cómo se enmendarán las imperfecciones de las antiguas ciencias desde fuera de ellas?

Si se crea una ciencia de lo social, ha de haber otra para el conocimiento de lo individual, y ninguna de las dos será sintética. *La filosofía de la sociedad*, según la denomina Majorana, habrá de constituirse separando por medio de una abstracción lo colectivo de lo que es particular, ya que en la realidad no hay actos que sean solamente de una ó de otra clase, porque todos son actos humanos; por esto mismo no puede reservarse á una ciencia el conocimiento de lo esencial, materia de muchas de ellas; ¿el Derecho, la Política ó la Economía prescindirán de lo que es condición esencial en los fenómenos y relaciones que constituyen su objeto? Ni el hombre ni las manifestaciones de la vida pueden ser estudiados haciendo caso omiso de la sociedad, ni ésta llegará á ser comprendida si se desatienden su contenido y los fines que en ella se realizan.

Se ha dicho que la Sociología es á manera del arquitecto, que viene á construir el edificio con los materiales preparados por las ciencias especiales y sobre los pilares que éstas levantaron aisladamente. Pues bien, en ese símil hallamos la confirmación de las indicaciones anteriores, porque una edificación regular es imposible con piezas labradas sin

plan ni concierto alguno, sin atender al conjunto y á la naturaleza de la obra. Toda ciencia y habilidad por parte del constructor serán inútiles, si ha de atenerse á los materiales que á su gusto ó su capricho dispongan picapedreros y albañiles, ya que el arquitecto no viene después, sino que debe venir antes y ha de llegar el primero.

Las investigaciones de los sociólogos han mostrado el empirismo y los vicios de las antiguas ciencias; pero es de temer que contribuyan á perpetuarlos si la Sociología reivindica para sí el conocimiento de lo que debiera ser fundamental en los estudios especiales, y éstos se estrechan y hacen cada vez más fragmentarios, dejando á cargo de aquélla la solución de los problemas más interesantes. La cuestión se reduce á saber si conviene pensar en una nueva ciencia, ó sería mejor rectificar en sus bases las llamadas morales y políticas.

Si se opta por la Sociología, nos corresponde pedir que sus trabajos se orienten por la idea de la solidaridad, y en tanto que los sociólogos elaboran y desenvuelven ese principio, ensayaremos modestamente á hacer alguna aplicación de él en el orden económico.

La esfera de los bienes materiales tiene la virtud de dar á los principios un relieve, que los hace tan sensibles como es la naturaleza de su objeto (1).

Por otra parte, la actividad económica es la primera que se desarrolla, es quizás la única por mucho tiempo, no se interrumpe jamás, ha sido hasta ahora la predominante, y en ella, por lo tanto, se manifestaron antes y con mayor energía que en otro orden las leyes y el proceso de la vida humana.

No es verdad seguramente que, como afirmaba Marx, todo dependa de las condiciones económicas, y según ellas se determinen la moral, la religión, el derecho y todos los demás fines, porque esa influencia es mutua y en vano trataríamos

---

(1) El carácter material que tienen los fenómenos económicos hace que Spencer los prefiera siempre para el estudio ó demostración de las analogías entre la sociedad humana y los seres orgánicos.



de demostrar, por ejemplo, que el cristianismo, el feudalismo ó la monarquía fueron meros resultados de un cierto estado económico, siendo, por el contrario, mucho más exacto decir que esas ideas é instituciones obraron como causas y produjeron hondas alteraciones en el régimen de la riqueza. Pero tampoco hemos de creer con Ahrens que «el orden económico» en todas sus partes y en toda su organización sea siempre un «reflejo del grado de la cultura intelectual y moral de cada «sociedad» (1), ya que lo económico tiene una acción propia y muy intensa, y si de algo peca es de exceso en el límite que racionalmente le corresponde. En sus primeros días el hombre se ve obligado á emplear todo su esfuerzo para satisfacer groseramente las necesidades de mayor apremio; luego, cuando ya hay alguna riqueza acumulada, se acude á la violencia para adquirirla por medio de la esclavitud, la depredación y la guerra; más tarde, aunque una parte de la actividad se aplica á los fines morales, al cultivo de las ciencias y de las artes, el trabajo industrial se desarrolla con energía cada vez más poderosa, y en nuestro tiempo, á pesar de los obstáculos que irracionalmente le oponen las instituciones militares, los vicios políticos y muchas preocupaciones, el movimiento económico es avasallador, absorbente, las cuestiones que él plantea son las que más interesan y aquellas cuya solución se reclama y se procura con mayor urgencia.

Dedúcense de lo expuesto dos consecuencias muy importantes para nuestro objeto: es la primera que en el orden económico será donde mejor pueda estudiarse la acción de la solidaridad, y consiste la segunda en que á esa esfera tan amplia y tan influyente de la vida es á la que más conviene llevar la aplicación de aquel principio (2).

(1) *Cours de droit naturel*, 6<sup>e</sup> edit., t. II, pág. 76.

(2) Nuestras sociedades son esencialmente industriales. Una forma de la actividad que ha tomado tan gran desarrollo no puede estar desordenada sin que se produzcan hondas perturbaciones. Es un origen de desmoralización general. La falta de disciplina económica trasciende á los otros órdenes y causa el rebajamiento de la pública moralidad. Durkheim.—*De la division du travail social*, prólogo de la 2.<sup>a</sup> edic.

En efecto, después de los lazos de la sangre, lo que primeramente reúne á los hombres es la necesidad económica, el esfuerzo colectivo indispensable para el transporte del árbol ó de la piedra, para perseguir la caza ó hacer fructuosa la pesca (1). En esta cooperación que los economistas llaman simple no hay más que una acumulación de acciones homogéneas: en ella, sin embargo, están ya reconocidos la unidad del fin, el elemento directivo y la conveniencia de la asociación. Cuando el grupo crece, el trabajo, al desarrollarse, pierde la homogeneidad, viene la cooperación *compleja* que atiende, no á una necesidad determinada, sino á todas las que pueden satisfacerse, y así la dirección, antes ocasional y pasajera se hace regular y permanente, la mutua dependencia es cada vez más estrecha y la asociación se consolida y extiende sin cesar.

He aquí la solidaridad económica espontánea, voluntaria, practicada por el instinto y el acuerdo entre los hombres. Ella crea las primeras sociedades que pudiéramos llamar civiles y ejerce en su vida y en sus transformaciones un influjo muchas veces decisivo. Por desgracia, esa solidaridad tan naturalmente establecida se vicia y se corrompe en su mismo nacimiento, porque la desnaturaliza el irracional sentido que se da al fin económico y la manera como se cumple; se ve la variedad de los intereses y se proclama su antagonismo y la legitimidad de la fuerza para vencerle, y la cooperación se hace parcial, violenta y obligatoria; de aquí la esclavitud, las castas, el gremio cerrado y las instituciones históricas, cuyo espíritu prevalece en el interior de las nuevas formas de vida económica. Una vez desconocida y rota la natural unidad, las

---

(1) Schmoller dice que «los vínculos de la sangre, la asociación para la defensa y las relaciones económicas son los más importantes estímulos para la organización social». *Lineamenti di economia nazionale generale*, trad. de la biblioteca de S. Cognetti, pág 20.—Pero la defensa supone que hay algo que defender, porque el ataque se dirige á expulsar al enemigo del lugar que ocupa ó á despojarle de lo que posee, y aun el propósito de esclavizar al vencido implica también un cierto grado de desarrollo económico.



sociedades humanas se constituyen férreamente armadas para la lucha, la propiedad y el trabajo se concentran en ellas, el vínculo de la solidaridad gana en intensidad lo que pierde en extensión, y para administrar y regir esas asociaciones se erigen autoridades despóticas, porque si la violencia es á veces necesaria para lograr la justicia, el empleo de la fuerza se hace siempre inevitable para matener organizaciones artificiales é injustas.

Sea cualquiera la participación que tuvieran las ideas religiosas y las jurídicas en la formación de las primitivas sociedades, es indudable que la expansión de los intereses económicos es lo que más ha contribuído á ensanchar aquellos círculos opresores. Las entidades iguales, dice Schmoller, luchan entre sí hasta que se dan cuenta de su comunidad y hallan la fórmula que la expresa. Pues bien, la unidad económica es la que primero se concibe y halla su fórmula en la división del trabajo y el cambio de los servicios. La tribu y la familia buscan en las industrias y en los mercados de la ciudad sus medios de subsistencia, las ciudades se ligán por el comercio antes de que las enlace la unidad política, y la comunicación más activa entre las naciones modernas es la que se sostiene con las relaciones industriales, más estorbadas que protegidas por los Estados.

Esas evoluciones, que favorecen á la solidaridad económica, se han verificado mediante el desarrollo de la *cooperación voluntaria* y el relajamiento de las autoridades directoras de cada grupo, que se han ido dulcificando para hacer posible la creación de entidades superiores. Según Spencer, la transformación se explica porque en las organizaciones depredadoras ó guerreras, por razón de su fin, la cooperación ha de ser obligatoria y la autoridad absoluta, mientras que en las sociedades productoras ó industriales el fin se cumple libremente por actos individuales y puede debilitarse la autoridad, sin que peligre la existencia colectiva. Á esta consideración debe agregarse que no es lo mismo disciplinar una agrupación militarmente, atendiendo tan sólo á las ne-

cesidades de la guerra, que ordenar las variadísimas y complicadas relaciones de una sociedad adelantada, y por otra parte, que los nuevos poderes políticos no han acertado á cumplir su misión unitaria, perfeccionándose en la medida de los progresos sociales, y á causa de esto, cómo, por la exaltación individualista, se ha negado todo principio de autoridad en el orden económico, para dejarle entregado á la acción de los intereses particulares. De todas suertes, lo positivo es que ya no existe en las ciudades mejor administradas la antigua economía y solidaridad urbana, y en la esfera de las naciones tampoco hay cooperación obligatoria para los fines industriales, reduciéndose la intervención de los Estados á las medidas aduaneras ó de relaciones exteriores, que sólo de un modo indirecto influyen en la organización del trabajo nacional.

Ahora bien, si la civilización y el progreso convierten en voluntaria la cooperación antes forzosa, es que desconocen ó rechazan esa enseñanza de la historia y quieren un retroceso, todas las doctrinas, que pretenden hacer efectiva la solidaridad económica con la fuerza del poder político; si la solidaridad se desarrolla gradual y muy lentamente desde las pequeñas agrupaciones hacia las otras más extensas, y es á manera de crecimiento ó ascenso de la sociedad producido por movimientos interiores, tampoco tienen razón ni pueden aceptarse los sistemas encaminados á establecer la solidaridad económica inmediatamente, de una vez, y como desde arriba y desde fuera de las instituciones actuales.

Por eso, aunque hace ya más de un siglo que se rectificó el tradicional y falso concepto sostenido acerca de la naturaleza y las leyes de la actividad económica, el principio de la solidaridad apenas ha trascendido en esta esfera y pasará mucho tiempo todavía antes de que sea reconocido y aplicado en ella de una manera completa. Que así como los yerros que comete y los vicios que contrae el individuo en su juventud no puede siempre corregirlos en la edad madura, y es á veces necesario el esfuerzo de varias generaciones



para enmendarlos y reparar sus consecuencias, del mismo modo perduran en la humanidad los males y los errores de su infancia, y sólo al cabo de largo espacio y de labor muy difícil puede hallarse el remedio de aquellos que son curables.

Renunciemos, por lo tanto, á buscar fórmulas ó procedimientos que nos den una aplicación total é inmediata del principio de la solidaridad; pero veamos cuáles son las exigencias de esa ley en el orden económico, para darnos cuenta de los obstáculos en que tropieza y de la dirección que conviene dar al trabajo preciso para vencerlos.

Antes, sin embargo, de estudiar la solidaridad especial y, por así decirlo, interna en la órbita económica, es necesario establecer la relación que hace solidario á ese orden con los otros de la vida humana. No son racionales aunque á veces se tengan por elevados y generosos el abandono de la actividad industrial, que nos impone la naturaleza, y el menosprecio de los bienes materiales, sin los que son imposibles los fines más altos y la existencia misma. Ni á título de religioso ó de científico ó de artista, ni por otro motivo alguno, puede legítimamente desconocer el hombre su obligación de contribuir, en una ú otra forma, á la conservación y aumento de la riqueza; y no obrará rectamente si derrocha los bienes sensibles ó los sacrifica á otras atenciones, sin guardar la medida y el respeto que demanda la consideración de los fines económicos. No menos censurable y pernicioso es tener como única preocupación el lucro, consagrar la actividad exclusivamente á crear ó adquirir y acumular riquezas, convirtiendo en objeto de la vida lo que no es más que un medio para perfeccionarla y desenvolverla en todos sus diferentes aspectos. Los desórdenes de uno y otro género, los que rebajan, como los que exageran el valor propio de los bienes materiales, son, sin embargo, numerosos y muy importantes, y de aquí la primera dificultad que encuentra la solidaridad económica, porque no puede ser normal el régimen de esta esfera si no ocupa el lugar que le corresponde y no empieza

por constituirse en relación de unidad, de equilibrio y de armonía con las restantes manifestaciones de la vida humana.

Ahora, en cuanto al interior del orden económico, la solidaridad ofrece especialísimas condiciones por la naturaleza de los bienes materiales, que además de este carácter tienen los de ser transmisibles y de un aprovechamiento limitado ó exclusivo, que no permite la simultaneidad de las satisfacciones. Yo no puedo gozar con la salud que otro disfruta, ni aprender con lo que él estudia, ni atribuirme sus virtudes; pero puedo (y conviene que así lo haga) satisfacer mis necesidades económicas con la riqueza producida por el esfuerzo ajeno. Esto favorece y hasta impone la solidaridad, porque determina el carácter eminentemente social de los fenómenos económicos; pero, en cambio, las cosas sensibles no pueden prestar un servicio indefinido; su utilidad está sujeta á medida y cantidad; no son como los bienes del espíritu, las ideas, los sentimientos ó las concepciones artísticas que forman, por así decirlo, un patrimonio común; hay algunos objetos de la riqueza, el libro, la estatua, el cuadro, etc., susceptibles de un cierto disfrute colectivo; el mayor número, sin embargo, de los productos económicos, y sobre todo los que atienden á las necesidades más apremiantes de la alimentación, el vestido y la vivienda, sólo pueden aplicarse á una satisfacción individualmente determinada. De suerte que si los esfuerzos se combinan y tienden á armonizarse por sí mismos, las satisfacciones se excluyen unas á otras, y en ellas se manifiesta la oposición de los intereses. La solidaridad económica halla con este motivo graves dificultades porque aquel que se adjudica la riqueza y la disfruta á expensas de los demás, originando privaciones y un desorden general, obtiene provecho mucho mayor que la parte que le toca en el daño colectivo. Por último, la naturaleza exterior y física de los actos, relaciones y cosas económicas, que hace no sólo posible, sino muy fácil el empleo de la coacción sobre ellas, da lugar á que se pretenda para la solidaridad en esta esfera una trascendencia que no tiene en los otros órdenes de la



vida, y se intente realizar ese principio, cuando se trata de la riqueza, con procedimientos y por medios condenados en otras aplicaciones.

Mas, una vez establecida la especialidad del fenómeno económico, hemos de mantener sus consecuencias en el límite de los desarrollos y de las formas, sin admitir que esas variantes lleguen á ser á modo de exenciones ó privilegios, que conculquen las leyes comunes á todas las manifestaciones de la actividad humana. ¡Cuántos errores se mantienen y cuántos sistemas arbitrarios se han formulado por creer que la libertad y la igualdad, el bien y el interés, la coacción y las funciones del Estado tienen en la materia económica una significación distinta de la que se estima legítima respecto de otras esferas!

La solidaridad en lo económico no tiene razón distinta, ni puede dar resultados diferentes de los que produce en otros órdenes; su fundamento está aquí, como siempre, en la unidad del fin y en la comunidad de los medios que sirven para alcanzarle. Somos solidarios económicamente, porque este fin consiste en la *satisfacción de las necesidades naturales de la especie humana*, y todos respondemos de él y venimos obligados á cumplirle. Social ó colectivo el objeto, colectivo ha de ser también el esfuerzo aplicado á conseguirle: cada cual debe poner en su cuenta y á su cargo, además de las necesidades personales, las ajenas, es decir, la totalidad del fin, y debe trabajar no sólo para sí, sino por consideración á los otros.

Determina, pues, la solidaridad una relación entre los hombres que, si bien es de mutua ayuda y dependencia y se mantiene de ordinario por el cambio de servicios, excede, sin embargo, á la mutualidad, porque en ésta domina la idea de lo recíproco, de la compensación y equivalencia. En la mutualidad se dice: *Facio ut facias*; en virtud de la ley de solidaridad yo he de cumplir la parte del fin que alcancen mis facultades, sin atender á la conducta de los demás; yo debo trabajar, aunque los otros no cooperen, por mí pri-

mero, por mi propio bien y después por el bien de mis semejantes y de la especie, que habrá de refluir en mi provecho. La solidaridad no impone la abnegación ni el sacrificio, y es cosa diferente de la caridad y la fraternidad humana; no exige el desinterés: pide, á lo sumo, como dice Gide, que cada uno sacrifique una parte del yo individual para acrecer su yo social (1). Claro es que el reconocimiento de la solidaridad inspira sentimientos de amor hacia los hombres, que hacen estimar como propio el bien ajeno, gozar con el placer de los otros y dolerse de sus penas; mas, independientemente de toda conveniencia, con esos sentimientos de fraternidad ó sin ellos, por dictado de la razón y porque el deber lo manda, estamos obligados á laborar en la obra humana, que empieza por ser nuestra, aunque sea también de los demás.

Á este sentido responde en su fundamento, ya que no en sus desarrollos y consecuencias, la teoría de León Bourgeois (2), para quien la solidaridad engendra un *deber social*, una deuda que al nacer contraemos todos con los hombres que fueron, por la herencia que de ellos recibimos; con los contemporáneos, por la ayuda que nos prestan, y con los que han de venir después, porque estamos obligados á darles cuenta del caudal que usufructuamos y á transmitírsele, aumentado, para contribuir al progreso y mejoramiento de la especie. La liquidación del activo y del pasivo social, añade el elocuente escritor francés, las ecuaciones personales, la fijación, en suma, de la deuda para cada uno, se acomodará á las desigualdades naturales, sin que pueda admitirse ninguna otra causa legítima de diferencia.

Así la solidaridad, que afirma lo colectivo, no niega lo individual ni pide su sacrificio. No se olvide que la solidaridad

---

(1) La cooperation.—Conferencia inserta en el libro recientemente publicado con el título de *Les applications sociales de la solidarité*, nota en la pág. 46.

(2) Solidarité.—*Essai d'une Philosophie de la solidarité*.—Prefacio en la obra antes citada, *Les applications sociales de la solidarité*.



quiere decir tan sólo responsabilidad colectiva, y sean cualesquiera las consecuencias que hayamos de deducir de ese principio, por de pronto no dice más que eso. Pues bien, la responsabilidad colectiva no anula la personal, sino que, al contrario, la mantiene, la desenvuelve y se funda sobre ella. La formación y la vida del cuerpo social, escribe Schäfle, descansan tanto en el sentimiento común como en el interés privado; la ley fundamental de toda ética está en la sabia y bella fórmula cristiana: *ama á tu prójimo como á ti mismo*; que en esas pocas palabras funde los dos aspectos de la voluntad social, el amor y la conservación personal, la devoción de sí mismo, el propio mejoramiento para el servicio de los demás. El individuo tiene, no ya el derecho, sino la obligación de atender á su bien particular y fomentarle, para que su acción en la comunidad sea útil y cada vez más provechosa; perfeccionándose y desarrollándose humanamente, prestará á la sociedad el mejor de los servicios (1). Y Giner de los Ríos, al exponer esa doctrina que ensalza, la completa con el siguiente profundo comentario: en tales ideas hay todavía una limitación subjetiva, porque «no nos debemos »cada cual *meramente* al servicio de los demás, de otro sujeto, la sociedad, aunque de él formemos parte, sino sobre »eso y objetivamente al bien y destino universal humano y »como órganos de éste. Y así, tanto necesitamos recibir auxilio de los demás para nuestra propia vida, centro inmediato »donde esos fines piden á la sazón ser cumplidos, como prestarles por nuestra parte (y en general, doquiera que hagan »falta) los medios de que dispongamos. No es, en suma, á los »demás, ni á la sociedad, á quien todos nos debemos, sino al »fin racional común de nuestro ser, ora representado por »aquellos, ora por nosotros mismos, y sólo en cuanto y hasta »donde lo representamos unos ú otros» (2).

La aplicación de esos principios en el orden económico

---

(1) *Struttura e vita del corpo sociale*, edic. de Baccardo, t. I, páginas 488 y 489.

(2) Obra citada.

habrá de realizarse de esta suerte: *el trabajo será de todos y sus productos para todos*; cada cual deberá producir conforme á sus aptitudes y consumir según sus necesidades, en las medidas de los recursos sociales (1). Ésta es sin duda la fórmula que la solidaridad impone: el fin uno, los esfuerzos varios y las satisfacciones distintas, relacionándose armónicamente para la consecución del objeto. El trabajo, factor de la riqueza, ésta como dividendo y como divisor las necesidades de los hombres todos, sin excepción alguna.

Pero la comunidad de vida en lo económico, tan natural después de todo como en las esferas religiosa, científica y jurídica, no supone la igualdad de las condiciones sociales, ni la negación de la libertad individual, *ni el comunismo* de los bienes materiales arrebatados á la propiedad privada. Si los trabajos han de ser proporcionados á las facultades, resultarán inevitablemente desiguales, y los consumos, determinados por las necesidades, serán tan diferentes como son éstas. Es elemental que la división del trabajo separa á los hombres en clases, y dentro de ellas en categorías diversas; así, aparte de los que viven consagrados á otros fines sociales, y sólo de una manera mediata ó indirecta concurren á la producción de la riqueza, los industriales mismos se dividen por razón de las profesiones que ejercen en agricultores, fabricantes, porteadores, etc., y no pueden ser todos directores ó maestros, ni todos obreros, sino que ha de haber de los unos y de los otros en cada género de trabajos, como no son todos sacerdotes en la Iglesia, ni profesores en la Universidad, ni gobernantes en el Estado. La división del trabajo, según afirma Durkheim, á medida que especializa las funciones, las hace cada vez más personales, y reclama, por tanto, la libertad indispensable para que el individuo pueda consultar su vocación y ejercitar sus aptitudes. La distinta

---

(1) Marx decía: que cada cual trabaje según sus fuerzas y que goce conforme á sus necesidades racionales; pero la satisfacción no puede tener un carácter absoluto, sino meramente relativo; no será nunca proporcionada á las necesidades, sino al total de la riqueza disponible.



acción productiva es un nuevo motivo de variedad en las exigencias consuntivas, porque las necesidades económicas dependen en gran parte de la clase de trabajo que ejecuta cada uno, y de aquí también que no puedan ni deban ser todos capitalistas ó ricos, de igual manera que, cultivando la ciencia, sólo algunos llegan á ser sabios, y entre los amantes de la belleza son contados los artistas. Por último, el carácter colectivo que la solidaridad económica imprime á la propiedad de los bienes materiales no excluye de su organización los dominios individuales. El colectivismo demanda que la riqueza sirva como medio para los fines de la especie humana, y esto puede conseguirse independientemente de que sean unos ú otros los dueños, porque la colectividad se refiere al objeto, que no al sujeto de la propiedad, toca á la aplicación y no á la tenencia ó posesión de los bienes. La solidaridad condena ciertamente el aprovechamiento exclusivo de las cosas y la disposición absoluta, arbitraria y egoísta; ese principio reduce la condición del propietario á la de representante y administrador de la comunidad; pero hay que reconocer á los individuos y á las colectividades sobre los bienes por ellos adquiridos, á nombre de los demás, las facultades inherentes al mandato; es preciso sancionar y mantener la relación de dominio directamente establecida por una ú otra personalidad sobre estas ó aquellas cosas, primero, porque si todos trabajamos por la sociedad, con su ayuda y para ella, el esfuerzo, el sudor del brazo ó de la frente, no son en cada caso de la comunidad, sino de sujetos determinados, y después, porque la facultad de disponer de la riqueza que alguien ha de tener, para que pueda ser aplicada á su objeto, ya consista en instrumentos de producción ó en materias de consumo, semejante facultad debe atribuirse, en primer término, á quien ha creado los bienes, así será su administración más inteligente y más celosa que la encomendada á cualesquiera otros ajenos á la formación de los productos, y que sólo se ocupan en ellos con el intento de disfrutarlos. El que la propiedad sea efectivamente privada ó

colectiva no depende de que se la califique y organice de una ó de otra manera, sino de la voluntad de aquellos á quienes se declare dueños, lo mismo si se trata de los individuos que de entidades sociales, por muy amplias que éstas sean. Por eso ha dicho Izoulet en su *Ciudad moderna*, y se ha repetido tanto, que «el problema no consiste en *socializar* la propiedad, sino en *socializar* las personas», y si es tan difícil inculcar en los espíritus la idea de la solidaridad, más difícil será hacer solidaria la propiedad, como ahora se pretende, antes de que los dueños se reconozcan solidarios. Por eso es también vano el empeño de los que quieren organizar única ó especialmente el orden económico con un sentido social, cuando la transformación sólo podrá realizarse de modo simultáneo en todas las esferas de la actividad humana, y como consecuencia de una nueva concepción acerca de nuestra naturaleza y nuestra vida.

La solidaridad no dicta el comunismo, ni el colectivismo, ni el socialismo de Estado, tal como estos sistemas se entienden de ordinario, y aunque determina un cierto régimen social es compatible con todos ellos, porque no es un principio formal, sino de fondo, y no se cumple con la organización, sino mediante lo organizado, que es la voluntad del hombre. Lo esencial para que se practique la solidaridad económica consiste en que, conforme á la teoría de la deuda imaginada por Bourgeois y en la especie de contabilidad social que él establece, el rico aparezca con un gran *debe* y al pobre se le reconozca un grande *haber*. Lo que se necesita, en suma, es aplicar á esas relaciones el principio que debe informar todas las humanas, ó sea: «que la superioridad (toda superioridad) no es un título de mayores derechos, sino de mayores obligaciones» (1), y la fuerza no se tiene para oprimir al débil, sino muy al contrario, para ayudarle; el talento y el saber obligan con el torpe ó ignorante, y la posesión de capitales y riqueza implica el deber de

---

(1) Giner de los Ríos.—Obra citada, pág. 407, nota.



servir á la comunidad en la proporción que señalan esos medios.

Sin embargo, nuestra fórmula para la producción y distribución de los bienes económicos, que tan razonable es, tan clara y tan sencilla expresada con las letras, ¡cuán difícil sería aplicarla con los números! El inventario del haber común ó total puede formarse, porque al cabo es en cada momento una cantidad fija y apreciable; pero las necesidades no tienen la misma realidad material y son cosa imposible de estimar precisamente, sobre todo cuando se trata de satisfacerlas de modo relativo, en el límite y con la proporción de los recursos disponibles.

Cierto es que la aceptación de aquella fórmula demostraría un estado de cultura y una bondad de las voluntades que permitirían vencer toda dificultad de ejecución; mas ¿cómo conseguir ese acuerdo universal y qué hacer mientras se obtiene? Porque la solidaridad no es cosa de algunos, sino de todos los hombres; y no puede aplicarse únicamente á una parte de la actividad económica, siendo la producción y el consumo fenómenos correlativos que han de organizarse en unidad y con el mismo principio; podrá alegar la necesidad como título para el reparto de la riqueza el que antes puso todo el esfuerzo de que es capaz en el producto; pero ¿con qué razón invocará la colectividad del consumo el que no acudió al trabajo colectivo? ¿Ni cómo se podrá satisfacer á todos cuando sólo trabajen algunos? En tanto que haya quien se niegue á prestar la cooperación que le corresponde, no habrá verdadera solidaridad ni términos de justicia en las relaciones sociales.

León Bourgeois, en sus interesantes estudios ya citados, llega á la conclusión de que la solidaridad económica debe organizarse *jurídicamente*. La deuda social, dice, que los hombres contraen desde su nacimiento y los hace acreedores unos de otros, se funda en el hecho de la convivencia, en el *cuasi-contrato* de asociación, en la voluntad presunta de la reciprocidad y equivalencia de los servicios cambiados, y esas obli-

gaciones han de tener en las leyes escritas una sanción que se encargará de hacer efectiva el Estado, valiéndose del impuesto progresivo. Por donde la doctrina de ese distinguido propagador de la idea de solidaridad viene á reducirse á un nuevo razonamiento del socialismo mutualista.

¡Triste y engañoso recurso el de la fuerza! La coacción, ya lo hemos indicado anteriormente, sirve, á lo sumo, para evitar, es sólo negativa y destructora; puede amarrarse á un hombre é impedirle todo movimiento, pero ¿cómo se le obligará á *hacer* lo que no quiera? La ley positiva no tiene acción sobre la voluntad; las ideas y los sentimientos, el amor á la justicia no se producen con el mandato y los principios no se realizan aunque el legislador los profese, si no creen también en ellos los gobernados (1). Tratándose de hacer efectiva la solidaridad económica, el impuesto progresivo que Bourgeois propone, sin determinar las bases para su establecimiento, es un medio inadecuado, un instrumento sin eficacia, porque no penetra en la intimidad y el pormenor de las relaciones industriales. Para reglamentar esa solidaridad sería necesario que el poder público fijase la aptitud profesional, la vocación de cada uno de los individuos, su resistencia para el esfuerzo y duración correspondiente, y sería también preciso seguir con la misma exactitud el movimiento incesante de las necesidades personales y de las colectivas, haría falta un vigilante para cada trabajador, inspectores para los vigilantes, jefes para los inspectores, y habría, en fin, que organizar un aparato regulador, complicado, costosísimo, tiránico, racional-

---

(1) «Los socialistas se equivocan en cuanto á la manera de conseguir sus propósitos é invierten la naturaleza de las cosas, porque en la historia la integración social ha precedido al movimiento legislativo, y ellos toman el camino contrario, queriendo que sean la ley, la reglamentación del trabajo, las que realicen la unificación intersocial. Sus últimos esfuerzos se dirigen á procurar la educación de las masas, pero hay motivo para dudar de que estas tentativas sean fructuosas, porque la personalidad humana no es una materia fácil de producir ó elaborar.» Droghicesco.—*Du rôle de l'individu dans le déterminisme social*, páginas 345 y 346.



mente imposible, para entregarle á la buena fe y á la discreción de los que personificaran el Estado. Pero además, y también lo dejamos ya apuntado, si se niega á la autoridad pública la competencia necesaria para ejercer una acción técnica en el cultivo de la ciencia, de la religión ó del arte, ¿cómo se le encomendará, sin incurrir en contradicción manifiesta, la dirección de la industria y el cuidado de atender á las necesidades materiales? ¿El que *puedan* aplicarse ciertos procedimientos á las cosas y relaciones económicas será razón suficiente para emplearlos, ó habrá que examinar si cabe que la idea de la justicia y la legitimidad de la coacción sean diferentes, cuando se trata de actividades que son en el fondo idénticas y de satisfacciones igualmente atendibles y necesarias?

No, la solidaridad se predica, pero no se impone; no vendrá por obra de la fuerza reflexiva y tranquila de la ley, ni menos por la violencia de sacudidas revolucionarias. Ni los legisladores ni los revolucionarios tienen poder bastante para alterar el regular y ordenado desarrollo humano; los triunfos de unos y otros son momentáneos, efímeros; sus creaciones no prevalecen y muchas veces dan un resultado contrario al que procuran, si no se fundan en sentimientos comunes, que pacíficamente los hubieran producido.

La vida, dice Le Dantec, está influída por las condiciones actuales—educación—y la naturaleza del germen inicial—herencia—y todo el objeto de la Biología consiste en determinar la influencia relativa de cada uno de esos dos factores. De aquí, añade, el carácter profesional y sucesivo de las manifestaciones vitales, la ley de evolución y que en Biología no haya estática. La educación no puede contrariar radicalmente las condiciones exigidas por la herencia, so pena de la muerte para el ser ó institución que á tal violencia se someta (1).

(1) *Les lois naturelles*, capítulos XXXII y XXXIII, en los que se hace una interesante comparación entre el ser vivo y la llama, y un estudio de las relaciones entre la educación y la herencia.



Por eso las leyes y las revoluciones, que son acciones de un instante, no logran destruir la obra del pasado y ésta sólo puede transformarse dentro de los límites que el mismo principio de la evolución señala; una organización social, una forma sale de otra precedente, y no es dado interrumpir la serie natural y prescindir de los estados intermedios entre el presente y el que se desea alcanzar (1).

Por mucho que nos seduzca y nos convenza el principio de la solidaridad económica, hemos de renunciar á implantarle de una manera inmediata. La impaciencia es natural y generosa, pero también es inútil. Hay que reconocer con Novicow, en honor de la naturaleza humana, que un profundo sentimiento de piedad se apodera de nuestra generación y hoy nos causan á todos disgusto intolerable las injusticias, la violencia y la miseria (2). Esa noble disposición de los espíritus lleva muchas adhesiones á las doctrinas radicales y á las soluciones extremas para el problema económico; pero los anarquistas y los diversos matices del socialismo revolucionario quieren cortar el nudo y romperán la cuerda que, nudosa y todo, es la labor de los siglos y el sostén de la civilización lograda. Deshacer los nudos, aunque sea tarea paciente y larga, es lo único racional y apetecible.

Iremos á la solidaridad, ó por mejor decir, vamos hacia ella y se llegará á alcanzarla. El impulso y la dirección de ese movimiento bien marcados se ven en la historia con el incesante desarrollo de la sociabilidad, y la acción cada día más extensa y más intensa de los elementos colectivos, que han ido convirtiendo al ser primitivamente familiar en ciudadano, en miembro de la nación, y ya le anuncian como órga-

---

(1) Las *mutilaciones*, escribe el mismo Le Dantec en la obra antes citada, no prevalecen contra la herencia; si cortamos el brazo á un hombre, sus hijos nacerán, sin embargo, con las dos extremidades superiores; la revolución, la acción violenta sobre el organismo social, tiene el mismo resultado y por virtud de la herencia volverá el pasado á dar las condiciones de la evolución normal.

(2) *Les gaspillages des sociétés modernes*, pág. 282.



no de la Humanidad y aun como á tal le muestran en muchas é importantes relaciones de la vida.

Claro es que no hemos de contentarnos con la obra que mecánicamente se produce por virtud de las leyes biológicas, ya que en las evoluciones sociales ese influjo se combina con la acción humana, y esas leyes en el orden del espíritu dejan de ser fatales, quedando su cumplimiento, en cuanto al modo y al tiempo por lo menos, encomendado á nuestra voluntad. Podemos, de consiguiente, acelerar la marcha, y debemos apretar el paso; aunque el camino es largo y apenas se vislumbra el término, las etapas recorridas nos animan y nos enseñan para hacer las que nos faltan.

Desde el actual sistema económico á un régimen de perfecta solidaridad, el salto es impracticable por la grande extensión del espacio y de las diferencias que los separan. La transformación ha de hacerse gradualmente, de manera que la afirmación hoy única ó predominante de los intereses individuales vaya siendo corregida por consagraciones parciales más amplias cada día de los fines colectivos. Habremos de pasar por un mutualismo en que se mantenga el principio estimulante de «á cada uno según sus obras», por un *colectivismo proporcional*, como el que quiere Schäffle, ó por lo que llama Kropotkin (1) la *media comunidad* de trabajo y de capital, pero no para el consumo, que propone el colectivismo puro. En tanto que nos reconocemos solidarios y aceptamos todas las consecuencias de ese principio, *seamos accionistas*, constituyamos la asociación anónima, para ir luego á la cooperativa, y así llegaremos al cabo á la sociedad colectiva de fondo ó capital y de personal variables, que es la forma propia de la asociación *humana*, porque en ella se acumula la labor de las generaciones que se renuevan.

Sociedad quiere decir organización, y dar carácter social

---

(1) En *La conquista del pan* rechaza por arbitraria la distinción que hacen los colectivistas entre los medios de producir, que habrían de ser de propiedad social, y los medios para el consumo personal, que quedarían en el dominio privado.

al orden económico equivale á organizarle. La industria, el aparato de nutrición del cuerpo social, como la llama Spencer, no puede quedar abandonada al interés puramente individual, porque ejerce una función, tiene á su cargo un fin que ha de ser cumplido del mismo modo que lo son el religioso, el jurídico ó el científico, por instituciones sociales (1), por medio de colectividades semejantes á la Iglesia, la Universidad y los Estados políticos.

Una vez constituída la esfera económica á nivel y con distinción de los restantes órdenes de la vida, hay que reconocerle la competencia y por ende la autonomía necesaria para que pueda determinar los fines que le incumben y la facultad de disponer de los medios á ellos aplicables. La agrupación ó entidad encargada de ejercitar la actividad industrial no estará bien organizada si no se le dan los elementos indispensables para llenar su misión; la propiedad de los medios corresponde á los que cumplen el fin: así las bibliotecas deben adjudicarse á los sabios, los museos á los artistas, los templos á los sacerdotes y los instrumentos de producción económica, los capitales, pertenecerán á los industriales, á los que saben y viven especialmente consagrados á emplearlos. Ésta, como aquellas otras propiedades, no ha de adjudicarse á la sociedad, según pretende el colectivismo, porque no es la comunidad entera, sino una parte de ella la que de un modo inmediato tiene el cargo y la responsabilidad de los fines industriales; la acción de la sociedad total sobre la propiedad de las cosas especiales debe ser tan mediata como lo es su acción sobre los órdenes respectivos.

Luego la colectividad de los productores, obedeciendo á

---

(1) Ninguna función social, decía Lassalle, puede ser del dominio privado, y De Greef añade: «En la vida social la función nunca es individual, aunque pueda serlo el órgano, como lo es el monarca absoluto »en cierto régimen político». *Sociologie*, pág. 228.—El mismo Platón había ya establecido ese sencillo principio que, naturalmente, lleva á la organización colectiva, cuando afirmaba que el esclavo trabaja para el amo, el hombre libre trabaja para la comunidad, para el público.



las leyes de la división del trabajo y del cambio, se descompondrá interiormente en tantas agrupaciones cuantas sean las ramas que broten de la industria, y la propiedad de los capitales se distribuirá entre ellas para que las tierras vayan á los agricultores, las máquinas á los fabricantes, los medios de locomoción á los portadores, etc., sin que tampoco en este grado descendente la propiedad haya de ser exclusivamente colectiva, ya que la aplicación y el esfuerzo, aun siendo común, se individualiza, porque los labradores no cultivan todas las tierras, sino algunas determinadas, y los manufactureros no emplean todas las herramientas, sino tan sólo aquellas que sirven para su objeto. Se mantiene, pues, ó aparece al cabo la propiedad individual, si bien referida, primero al gremio ó grupo profesional, luego á la función general de la industria, y en último término á la vida entera de la sociedad.

En esa organización racional el principio de solidaridad, que engendra la diferenciación de las clases sociales, es el que debe regirlas en todos sus movimientos. De un lado estarán las clases industriales, de otro las que no producen directamente los bienes económicos, y dentro de aquéllas se asociarán particularmente los dedicados á trabajos de la misma especie. La distinción de esas clases, que vienen á ser órgano del cuerpo colectivo, establece la mutua dependencia entre ellas, porque la función que cada una desempeña es necesaria á las otras. «Si alguna cosa, dice Krause, parece »alejar á los hombres unos de otros y resfriar en ellos el »amor humano, es la oposición entre las profesiones sociales »con los encontrados intereses que de aquí se engendran; »mas esta preocupación antihumana no se funda en la naturaleza de las profesiones mismas, sino en que estas funciones no están hoy, ni cada una en sí, ni todas en relación, »constituídas como humanamente deben estarlo» (1). Son, pues, legítimas é indispensables la existencia y la organiza-

---

(1) *Ideal de la Humanidad*, trad. de Sanz del Río, pág. 102.

ción interior de las clases económicas: lo irracional es la oposición entre ellas, que nos volvería al antiguo régimen de las castas. Por ley de la evolución universal lo homogéneo se transforma en heterogéneo, y el progreso, que multiplica las clases sociales, se cumple de este modo, porque las nuevas disminuyen las distancias y llenan los huecos que separaban á las existentes, verificándose la creación por clases más elevadas, que bien puede decirse se forman á expensas de las inferiores, pero no en daño, sino en beneficio de éstas (1).

Pero esa variedad de clases y de funciones ha de someterse á la unidad orgánica; es preciso que los esfuerzos engranen y se acomoden á un plan, trazado en vista de la extensión y condiciones del objeto, para que la cooperación sea ordenada y eficaz. De aquí la necesidad de que el orden económico se constituya en Estado, porque, sean cualesquiera las relaciones que ha de mantener la industria con las demás entidades y esferas sociales, debe regirse por sí misma, sin que principios extraños ni fuerzas ajenas la violenten ó perturben su natural desarrollo.

El Estado político fundado en el principio del derecho y creado para cumplirle en cierto límite, no tiene en materias económicas competencia mayor ni medios más adecuados que aquellos con que cuenta y emplea en el orden religioso, en el científico ó el artístico, así como repugnan á su naturaleza y á su objeto la consagración de un dogma, la imposición de doctrinas filosóficas y la fijación de los ideales artísticos, del mismo modo está fuera de la misión de los Gobiernos y excede á sus facultades la tarea de reglamentar la industria y de dirigir la circulación y el consumo de la riqueza.

Sin un poder de Estado, dice Schmoller, organizado sólidamente, con grandes funciones económicas; sin una econo-

---

(1) Spencer, *Principes de Sociologie*, trad. de Cazelles, t. II, págs. 40 y siguientes.



mía de Estado, como centro de todas las otras economías, no puede concebirse una economía nacional bien desarrollada (1). La unidad es indispensable; mas ¿por qué hemos de ponerla á cargo del Estado en la vida nacional, ni menos en la universal ó mundana? ¿Puede admitirse que un Estado político regule los infinitos pormenores de la industria de toda la humanidad?

Con el Estado económico la dificultad se reduce en gran manera, porque ya no se trata de la totalidad, sino de una parte de la vida, y además estos organismos especiales se constituyen, como estamos viendo, con una espontaneidad y sencillez que no encuentran las organizaciones encaminadas al ejercicio de la soberanía y del mando, al empleo de la coacción.

Por otra parte, el Estado económico, conocedor de este fin, y atendiendo directa y únicamente á cumplirle, ofrece garantías para la solidaridad, que no puede exigirse á los Estados políticos, incompetentes y preocupados en múltiples relaciones. Obsérvese, en confirmación de esto, cuán imperfecta y rudimentaria ha sido y sigue siendo la acción económica de los Gobiernos, cuán estrecho y exclusivista es su sentido, que se muestra en las restricciones arancelarias, en las trabas á la emigración é inmigración de capitales y trabajadores, etc., y cómo contrasta con ese mezquino espíritu y vence tales obstáculos la actividad privada en las comunicaciones internacionales de la industria y el comercio.

El Estado económico que pedimos, y había propuesto ya Schäffle (2), la constitución de la industria en esfera y personalidad social, en suma, la construcción ordenada del *apa-*

---

(1) *Lineamenti di economia nazionale generale*, trad. de L. Eusebio, página 16.

(2) *Deutsche Kern und Zeifragen*.—Véase la *Teoría de la persona social*, por Giner de los Ríos, págs. 297 y siguientes. Durkheim quiere también una organización de la sociedad fundada sobre el grupo profesional, un régimen corporativo para ordenar la vida económica, que es muy especial y se especializa más cada día, escapando por esto á la competencia y á la acción de los Estados políticos. Prefacio ya citado.

*rato de nutrición* de la sociedad, habrá de hacerse mediante la agrupación de las personas y elementos dedicados al mismo ramo de la producción, que servirá de base para que se asocien los trabajos similares, y al cabo se federen y adquieran unidad todas las aplicaciones de la actividad industrial. Ese sistema, por razón del espacio y en consideración á los diversos grados de la convivencia, determinará órganos locales en el municipio, la comarca y la nación, referidos al total ó humano, y así el orden económico tendría sustantividad y vida propias, se regiría por sí mismo, fijaría las relaciones interiores de los individuos y colectividades que le forman y tendría una representación que le pondría al nivel de las otras entidades sociales y en condiciones de armonizarse con ellas. No sería para esto necesario que la organización económica tuviera un carácter obligatorio y coercitivo, podría vivir la industria cual viven ya la religión y la ciencia, gobernada por instituciones y autoridades como jurados, sindicatos, cámaras, etc., de carácter y acción morales, directivos y educadores, porque nada se opone á que haya un derecho industrial al lado del canónico ó de las ordenanzas universitarias. Si en estos fines se ha renunciado á la coacción por creerla ineficaz é inaplicable á ellos, ha de tenerse en cuenta que el fin económico depende también, en los modos de su cumplimiento al menos, de la voluntad del hombre, y es tan espiritual y debe ser tan libre como aquéllos. Cuando en el interior de la esfera económica, ó en su relación con las otras entidades sociales, se produzcan conflictos que perturben el derecho común ó general, entonces será legítima y aun necesaria la intervención del Estado político, porque la cuestión deja de ser industrial y trasciende á lo jurídico, que incumbe realizar á los Gobiernos. Sean cualesquiera las dificultades que existan para determinar hasta dónde llega lo económico y en qué punto comienza lo jurídico, nada dicen contra la verdad de esa distinción, que debe servir de criterio para la conducta.



Tales son los procedimientos que han de llevarnos ó, por mejor decir, que ya nos llevan á la solidaridad económica. De igual manera que en el seno del colectivismo primitivo se desarrolló la personalidad individual, en los días de mayor individualismo han nacido de la libre asociación numerosísimas y grandes colectividades, se ha aumentado constantemente la propiedad común y han surgido, en fin, de todos lados vigorosas manifestaciones de un espíritu organizador y unitario. «En los pueblos más adelantados, á la embriaguez de la libertad y de la independencia va sucediendo el sentimiento íntimo y profundo de la solidaridad social» (1).

La división del trabajo, que no produce la asociación, porque lo que se divide está ya organizado, que no engendra tampoco la solidaridad, aunque Durkheim lo repite muchas veces, puesto que sin separar las ocupaciones seguiremos siendo solidarios; la división del trabajo, sin embargo, extiende y perfecciona la asociación y hace efectiva la solidaridad, porque cada nueva distinción hecha en las funciones sociales representa la obediencia y la ejecución de ese principio. Por eso, á medida que se multiplican y definen las clases industriales, crecen las tendencias á la unidad y la organización se facilita.

En un régimen individualista cada uno pelea contra todos; una vez constituidas las clases sociales, el interés personal se convertirá en colectivo, la unidad será el grupo, y el número de los combatientes quedará muy reducido. Lo que pacifica y organiza á los individuos que forman una clase, enlazará á ésta con las más próximas, y así la solidaridad pasará desde el gremio á la industria y á la nación y á la humanidad al cabo. Proclamada la *razón superindividual*, que dice Simmel, y organizado el primer grupo, la asociación se extenderá, porque el principio ha de aplicarse lo mismo á las personalidades colectivas que á las personas individua-

---

(1) Sanz Escartín, *El individuo y la reforma social*, pág. 427.

les, y la idea de unidad, lo colectivo, llegarán á ser *humanos* (1).

Los sociólogos nos muestran cómo las luchas entre los hombres, primitivamente brutales y sangrientas, se transforman con la civilización para dulcificarse y salir del terreno de la violencia. Las luchas económicas, dice Novicow, se convierten insensiblemente en luchas políticas (2), y éstas, según observa Bagehot, se hacen cada vez más intelectuales, porque la discusión habitúa á pesar las razones que hay siempre en pro y en contra de cada cosa (3).

¿Por qué no hemos de creer que lo que alivia cura, y lo que dulcifica las luchas humanas tendrá virtud bastante para extinguirlas? ¿Por qué ha de verse en la lucha la expresión de la vida, como quiere Schmoller? ¿No hay acaso vida en las actividades armónicas? La lucha por la existencia es la propia de los animales; la lucha para mejorar la vida es la única legítima entre los hombres.

Aliéntenos, pues, la esperanza de que se modificarán no sólo en la forma, sino también en su sentido y en su fondo mismo, las relaciones humanas.

Habremos de combatir siempre, pero será con los obstáculos que la naturaleza presenta á nuestro bien, no con nuestros semejantes, que deben ir á nuestro lado y ayudarnos. En el orden científico la lucha ha de sostenerse contra el error y la ignorancia; en la moralidad, con la corrupción

(1) «Los conflictos de grupo á grupo, como sucede ya con los que ocurren entre los individuos de un mismo grupo, llegarán á resolverse por transacciones, por formas de representación, deliberación y ejecución contractuales, extendidas desde los pequeños grupos locales y profesionales hasta las grandes colectividades y al conjunto de todas ellas. La organización de la justicia en todos sus grados seguirá á la organización del trabajo y de la repartición de la riqueza. Los conflictos no desaparecerán, aumentarán probablemente; pero serán atenuados y más pacíficos y muchas veces previstos y evitados.»—De Greef, *La sociologie économique*, pág. 237.

(2) *Les luttes entre sociétés humaines*, pág. 80.

(3) *Lois scientifiques du développement des nations*, pág. 211 de la 2.<sup>a</sup> ed.



y el egoísmo; en la esfera económica, contra la miseria y la escasez, de suerte que los industriales compitan para producir más, mejor y más barato, no unos con otros los empresarios, ni los trabajadores con los capitalistas para disputarse la riqueza ya formada, sino para formar otra cada vez mayor, que acrezca el patrimonio y el bienestar comunes. Victorias sin vencidos, triunfos que sean para la humanidad, no en provecho de un hombre ó de una clase: éstos son los únicos racionales.

Es preciso rectificar la idea de que el progreso exige el sacrificio de los intereses particulares, y la humanidad haya de ir á la conquista del bien como un ejército que deja en el camino los muertos, los heridos, los débiles ó cansados, cuando no debe haber lucha ni violencia en el progreso, sino marcha reflexiva, tranquila y ordenada, en la que se concierten todas las aspiraciones é intereses legítimos con los adelantos de la comunidad. La reforma de las leyes, de las instituciones y las costumbres; la aplicación de los descubrimientos y de las máquinas, habrán de hacerse, evitando el cortejo de lágrimas y sufrimientos, que ahora les acompañan, con la atención á los que resulten perjudicados en los mejoramientos colectivos.

Con el principio de la lucha por la vida, el bien de cada uno depende del vencimiento y sacrificio de sus semejantes y la guerra se hace inevitable y permanente; por la ley de solidaridad, el propio bien se obtiene al par del ajeno, en armonía con él y por su medio, de suerte que la paz se hace necesaria, porque la sangre vertida es nuestra y las ruinas causadas en la lucha son pérdidas para todos.

Los antagonismos económicos que parecen invencibles son los que más fácilmente pueden conciliarse, puesto que en esas luchas la perversidad no es completa, no se busca el mal ajeno, sino el goce propio, y sólo se causa á los demás aquel daño que sirve á nuestra conveniencia egoísta ó de momento. Tenemos interés en que los demás sean ricos porque participaremos de su prosperidad, y debemos evitar que los otros

sean pobres, porque la miseria es contagiosa y la idea ó el espectáculo de la indigencia amargan la condición de los favorecidos, amenazan su seguridad y su reposo. Todos tienen interés en ser ricos; pero nadie le tiene en que los demás sean pobres (1). El mal asciende de los oprimidos á los opresores; si el mal fuera sólo para los oprimidos, el mal hubiera sido eterno (2).

El amor de la Humanidad, decía Comte, es lo único que puede dar la gran síntesis, y Ossip-Lourié añade: «Nuestros males no proceden de la naturaleza, nacen y se desarrollan porque los hombres no saben amar. No existe mecanismo alguno capaz de hacer feliz á la Humanidad, si ella no quiere comprender que hay aquí abajo un medio de dulcificar todas las miserias y todos los sufrimientos, que consiste en el amor» (3).

Por eso la solidaridad, que hace *obligatorio é interesado* el amor á nuestros semejantes, es el principio pacificador y organizador por excelencia.

Cierto es que no existe idea alguna con virtud bastante para conseguir una aplicación absoluta y el bienestar completo de todos los individuos de la especie humana; lo practicable, lo normal no es lo perfecto, y en la vida total de la sociedad, como en el orden económico ó en cualquiera de los otros, ha de haber siempre males y dolores, de igual modo que el individuo, aun en el estado de salud, padece alguna irregularidad en esta ó en aquella parte de su organismo, en uno ú otro de sus miembros (4).

Pero verdad es también que todas las formas de organi-

---

(1) Novicow.—*Les luttes*, pág. 552.

(2) Leroux.—*De l'Humanité*, tomo I, pág. 146.

(3) *La philosophie sociale dans le théâtre d'Ibsen*, pág. 101.

(4) «El problema social no se resolverá hasta el día en que cada uno se encuentre satisfecho con su renta, es decir, nunca. Repartida entre todos los individuos de la especie la riqueza existente, la renta individual sería de unos 600 francos por familia, y sería necesaria una renta de 5.000 por lo menos.» Novicow.—*Les gaspillages des sociétés modernes*, página 317.



zación y cuantas construcciones sociales se imaginen, quedarán vacías y estériles si no las llena y fecunda el sentimiento de la solidaridad, mientras que de esa idea arraigada en las conciencias brotarán nuevos modos de vida, progresos y evoluciones, cuya fórmula completa no alcanzan todavía las doctrinas, la armonía y la felicidad, en suma, posibles entre los hombres.

HE DICHO.

---





## CONTESTACIÓN

DEL EXCMO. SR.

DON AMÓS SALVADOR Y RODRIGÁÑEZ

---

SEÑORES:

¡Con qué pena comienzo la gratísima tarea de dar la bienvenida, en nombre de la Academia, á nuestro nuevo compañero y queridísimo amigo mío D. José Piernas Hurtado!

Las primeras palabras de su hermoso discurso las dedica á la memoria del ilustre Académico y hombre público D. Laureano Figuerola, cuya pérdida ha de entristecer necesariamente á todos y muy particularmente á mí, que no podré nunca recordarlo sin que se muevan en mi alma todos los sentimientos de respeto, de admiración, de cariño y de gratitud que le profesé en vida y que no me abandonarán mientras la mía dure, en correspondencia á atenciones tan delicadas como inmerecidas de que me hizo objeto.

En las pocas que yo le dedique, veréis que no podía excusarlas, aun después de las merecidas, entusiastas y sentidas que le ha dedicado el Sr. Piernas, y á pesar de ser innecesarias con el propósito de dar á conocer hombre tan conocido, y mucho más para quienes, por haber sido sus compañeros, tanto lo conocían y estimaban.

Muchos han contado ya su vida, demostrando su cultura, su talento, su actividad, su perseverancia, los grandes traba-

jos que realizó, los ideales á que rindió culto, la inflexibilidad de su carácter, el entusiasmo por sus convicciones y la bondad de todos sus actos; pero no sé si alguno tenía el deber que yo de mostrarse agradecido por lo que ahora veréis.

Era el último que quedaba de aquella valiente minoría progresista, anterior á la revolución, y el último de los que formaron parte del Gobierno provisional una vez realizada. Fué infatigable defensor y propagandista de cuantas ideas informaron aquel gran movimiento revolucionario; y llamado después á gobernar con ellas, les guardó tal fidelidad, que por encima de las dificultades con que tuvo que luchar, y no fueron pocas, intentó el planteamiento de todas y realizó la mayor partè, como acabáis de oír, demostrando con actos que pocos hombres han guardado jamás mayores respetos á sus convencimientos.

Ya habéis visto cómo el sólo citar lo que hizo ó intentó ocupa ancho espacio, sin pretender siquiera discutir su labor para dejar en su punto lo que se ha juzgado, al variar de los tiempos, unas veces como modelos dignos de imitación y otras como verdaderos fracasos, porque no es sin duda alguna de este momento empeño semejante.

Fué un gran liberal y un gran carácter, que ni desmintió jamás sus ideas individualistas puras, profundamente en él arraigadas, ni sufrió desmayos para popularizarlas, defenderlas y plantearlas.

Pero aquel carácter, que cuando se ponía al servicio de sus resoluciones llegaba á ser inquebrantable y hasta duro, era de una sencillez extrema y dulcísimo en el trato particular, como si no pudiera aquella vestidura del hombre de acción encubrir por completo lo que, al desnudo, era de todo en todo un hombre bueno.

En demostración de esto, ahí va lo que quería contaros.

Lo había simplemente conocido en casa de Sagasta, cuando formó parte con él del Gobierno provisional, y lo había saludado después respetuosamente varias veces, ya en el café



Suizo, á donde no dejó de ir una sola noche ni aun siendo Ministro, hasta que la reforma del local hizo desaparecer su mesa, ya en el Ateneo, de donde tampoco faltó un solo día hasta poco antes de su muerte; pero los treinta años de edad que me llevaba eran muy bastantes para engendrar en mí grandísima admiración y profundísimo respeto, mas no para que él pudiera considerarme como su amigo.

Así las cosas, fuí yo Ministro de Hacienda, y comenzó contra mí la más espantosa campaña que pudiera imaginarse, porque no se combatían mis actos, sino que se menospreciaba mi persona, á la que nadie le reconocía otros títulos que los de sobrino de su tío.

Más tarde me recompensó holgadamente aquella prensa de tantos sinsabores con otra campaña de inmerecidos elogios, que nunca agradeceré bastante; pero antes que todos vino á fortalecerme D. Laureano Figuerola con una carta, expresión sentidísima de su extremada bondad, en la cual, y como acto que sólo saben realizar los ancianos buenos, me decía, entre otras cosas, que había seguido mi gestión con curiosidad primero, después con interés, y al cabo con simpatía, y que, si yo se lo toleraba, quería hablarme de algunas cosas y darme ciertos consejos. ¡Huelga que yo os diga que se lo toleré, porque adivinaréis todos que fuí desalado en su busca para manifestarle mi gratitud, para ponerme á sus órdenes y para rogarle que no me negara su ayuda y los prometidos consejos, que había de colocar yo en lugar preferente de mi corazón y de mi entendimiento! ¡Y, en efecto, me los dió de palabra y por escrito en varias ocasiones! ¡Juzgad ahora de si querría yo ó no á aquel hombre, de si podría desaprovechar ocasión para manifestar mi agradecimiento y de si le dedicaré ahora con gusto el recuerdo más cariñoso!

¡Pobre D. Laureano! ¡Quién le había de decir, siendo tan bueno, que llegaría un día como el 23 de Abril del 73, en el que tuviera por fortuna que un motín lo llevara á la cárcel, para salvar aquella vida ilustre, que lo ha hecho merecedor aquí abajo del reconocimiento nacional, y que lo ha llevado

arriba para que more, como sin duda alguna hoy mora, en el privilegiado cielo de los grandes patriotas!

¡Descanse en paz vuestro compañero y mi maestro!

Es, sin embargo, motivo de regocijo para la Academia la acertada elección que ha hecho para cubrir la llorada vacante, porque D. José Piernas Hurtado es de las primeras figuras intelectuales de nuestro tiempo.

Para extractar solamente lo que ha hecho, ha sido y es, necesitaría yo de una ayuda que no me proporciona su modestia; pero bastará citar lo que recordemos cuantos con alguna intimidad lo tratamos, para que se puedan imaginar los principales perfiles de una figura de indiscutible relieve.

Doctor en Derecho y en Administración y Perito mercantil, se le ha visto y ve en cuantas partes la actividad, la perseverancia y el trabajo intelectual, casi siempre desinteresado y puesto al servicio del bien público, lo ha reclamado, pudiendo citar, entre otros cargos desempeñados, los de Consejero de Filipinas, Inspector general de Enseñanza, Decano de la Facultad de Derecho en Madrid, Vicepresidente de la Comisión codificadora de la Hacienda pública, Académico Profesor, Secretario y Vicepresidente de la Academia de Jurisprudencia, Presidente de las secciones de Ciencias Morales y de Ciencias Históricas del Ateneo, Presidente de la Sociedad El Fomento de las Artes, Consejero de la Compañía Arrendataria de Tabacos, Vicepresidente del Consejo de Administración del Crédito Ibero-Americano, Presidente de la Cooperativa de crédito El Hogar Español, Vicepresidente de la Unión Ibero-Americana, Representante en España del Museo Social de París, del Comité Internacional de la Alianza Cooperativa durante muchos años, y tantos y tantos otros como á él mismo le sería difícil enumerar.

Ha ganado por oposición los cargos de Oficial letrado de Hacienda, de Catedrático de Economía y Estadística y de Catedrático de Hacienda pública, perteneciendo en la actualidad al Consejo Superior de Instrucción pública y al Instituto de Reformas Sociales.



Ha sido Director del periódico *El Magisterio Español*, y entre las publicaciones suyas, todas notables, recuerdo las siguientes:

*La ley de Instrucción pública de 1857*, con notas y comentarios; *Indicaciones acerca del concepto y plan de la Economía*, *Vocabulario de la Economía*, *Tratado de Hacienda pública y examen de la española*, *Principios elementales de la ciencia económica*, *Manual de Estadística*, *Estudios económicos*, *El Movimiento cooperativo*, *Ideas económicas de El Quijote* y otras varias, sin contar los artículos sobre temas diversos publicados en muchas revistas.

Se distingue especialmente por su afición á los asuntos económicos y por la gran propaganda cooperativa que ha hecho. Por su cuenta fué á representar á España en el Congreso Internacional de la Alianza Cooperativa, reunido en París el año de 1896, y ha presentado en los Congresos posteriores Memorias y trabajos relativos al estado de la cooperación en nuestra patria, ha fundado varias Asociaciones de esa clase, entre las que merecen citarse La Mutualidad en el Fomento de las Artes y El Hogar Español, que ahora preside.

Sin vocación alguna política, su actividad de este género en sentido republicano fué muy escasa y de corta duración, y ha considerado como gran fortuna el no haber sido jamás elegido para cargos políticos, aunque le han impuesto muchas candidaturas, prefiriendo la labor inconcebiblemente trabajosa de que vengo haciendo mérito, sin someterse á otra disciplina que la de su extremada laboriosidad.

Paréceme que basta con lo dicho para que la Academia se sienta orgullosa al recibirlo en su seno, y para que en su nombre le dé yo la más cariñosa bienvenida; pero si no tuviera esos títulos, no necesitaría para el logro de esos fines más que el discurso que tan justamente acabáis de aplaudir. En él ha desarrollado brillantemente un tema de verdadera actualidad, y que da margen para que se discutan los más variados conceptos relacionados con el problema social hoy candente.



Tarea larga sería desde luego la de intentar siquiera esa discusión, impropia de mi cometido, y con tanta más razón cuanto que sería muy difícil que sobre todos esos conceptos estuvieran conformes el académico recipiendario y el que tiene el honor de contestar su discurso; pero sobre toda otra consideración, reclama lugar preferente la de que me lo vedan resueltamente mis convicciones relacionadas con estas solemnidades, que deben dejarse por entero á aquel á quien se dedican.

Y si tales convencimientos míos fueran aún desconocidos, no sería ciertamente por no haber sido expuestos y confirmados con una insistencia fatigosa en repetidos actos á éste parecidos, sino porque habiendo nacido de padre endeble hubieran pasado inadvertidos para todos por raquíticos é insignificantes.

Esta última consideración, á la que sin modestia debo ajustarme, disculpará en todo caso la reincidencia, y, en tal concepto, me atrevo á repetir que considero intangibles, al ser contestados, los discursos de recepción, porque es aleccionar el ampliarlos y extremada desatención el contradecirlos cuando no cabe rectificar.

Lo único que cabe, en mi sentir, es el elogio que merezcan; pero, en el caso presente, alcanzaría proporciones desusadas, si hubiese de fijarme no más que en los puntos más salientes.

Creo, sin embargo, que no pugnaré con mis convencimientos ni con las dimensiones que la costumbre asigna á los trabajos como el que ahora desempeño, el que me haga cargo de uno sólo, á saber: del elogio que indiscutiblemente merece la labor de esclarecer y definir el concepto de la solidaridad, ¡de lo que está bien necesitado!

Y no será ciertamente porque no haya sido discutido, cuando asusta lo mucho que se ha escrito sobre la materia, aun siendo como es relativamente moderna, en el sentido de servir como de fundamento á un sistema político que recibe de ella el nombre de solidarismo.



Tiene este sistema, que se llama á sí mismo socialismo individualista, un gran porvenir; porque introduciendo en sus desarrollos el concepto social, no anula al individuo, antes bien reconoce que él es el germen de toda iniciativa de progreso y que el bien colectivo corresponderá á la bondad y perfección de cada uno; y ya se comprende que si, en los tiempos que corren, las tendencias socialistas se acentúan, habrán de ver con la mayor simpatía los individualistas que se les facilite el tránsito, aceptando de una parte ciertas leyes naturales que se imponen, sin perder de otra por completo sus antiguos ideales, ni aun en lo que á la propiedad particular incumbe, puesto que en cierta medida y con determinado carácter se reconoce.

Pudiera parecer á primera vista que nuestro nuevo compañero no ha querido entrar en el estudio del solidarismo, contentándose con hacerlo de la solidaridad, puesto que enuncia el tema como meras «consideraciones acerca de ese principio»; pero siendo evidente que no ha querido exponer el sistema total en todos sus desarrollos y bajo todos los aspectos, porque sólo se ha propuesto examinar las «consecuencias de su aplicación al orden económico», no es menos cierto que esto es ya solidarismo, aunque se concrete al examen de su fase económica, y con tanta más razón cuanto que el sistema es singularmente digno de fijar la atención como económico. No habrá tratado, por lo tanto, del solidarismo como sistema general político, mas como solidarismo económico sí.

Pero se halla tan encajado en las ideas socialistas, á pesar de los mencionados respetos individualistas, que es objeto de las más empeñadas discusiones el averiguar si puede considerarse independiente de sus congéneres ó si ha de conducir inexcusablemente al comunismo, al colectivismo, á socialismos diversos ó al anarquismo, aunque parezca extraño que puedan tener fundamento estas últimas presunciones, cuando la definición de gobierno de cada uno por sí mismo sabe á sistema individualista.



Es, pues, indispensable que el solidarismo se defina; pero será vano ese intento mientras no haya sido perfectamente definido el concepto de solidaridad, ¡de lo cual aún se está lejos!

Debo creer que, por ser mío, no es conocido un trabajo recientemente publicado sobre esta materia, y por eso me permito copiar nada más que los dos párrafos que siguen, porque persuaden de la necesidad de esos esclarecimientos.

«Del concepto único que la palabra solidaridad tenía en derecho, se ha pasado á llamar así á la atracción, á la cohesión, á la afinidad química, á los movimientos de las moléculas etéreas que producen la luz ó la electricidad, así como á los de la materia que dan origen al calor ó al sonido, á la interdependencia celular, á la unión necesaria para que funcionen los diversos órganos de los seres vivos, aun animales; á la conciliación, á la coordinación, á la coalición, á la coligación, á la asociación dentro de los grupos y de éstos entre sí, á la cooperación, al espíritu profesional y al de cuerpo, á la producción, al consumo, á la división del trabajo, al cambio de productos ó de servicios, á la concurrencia, á la justicia, á la fraternidad, á la caridad y á cuanto, en fin, pueda significar unión, aproximación, esfuerzo ó interés común de cualquier género que sea, material, económico, intelectual, religioso, moral, político, sociológico ó que pudiera imaginarse. ¡Y, es claro, así la solidaridad sirve para todo! ¡Pero por lo mismo no sirve para nada!»

Y más adelante: «Ya se irá viendo cómo todo lo que no sea fijar bien y de antemano los conceptos fundamentales en que pretende apoyarse el solidarismo para desenvolverse, llamándoles ó no solidaridad; y una vez aceptado el vocablo, tomar tan sólo las acepciones ó la acepción, si á tal sencillez pudiera llegarse, que mejor le cuadrara y rechazando las otras, será perder el tiempo desde luego, y lo que es peor, obscurecer el mismo concepto que de aclarar se trata. Y todo lo que no sea asimismo definir bien y concretamente lo que el solidarismo se propone, sin empeñarse en



generalizaciones que hagan honor al ingenio, pero no á la exactitud y claridad, y delimitando su campo para que no pueda confundirse con otros socialismos, comunismos ó anarquismos, que de la misma base, en una ú otra forma, arrancan, no conducirá, ciertamente, á dar figura propia al mencionado sistema».

Es muy difícil delimitar el campo que corresponde al solidarismo, porque teniendo arranque común con otros sistemas socialistas y pudiendo recorrer juntos muy extensos trayectos, hay algo de arbitrario en el señalar el punto de separación y en el trazado de la ruta que se le asigne cuando se le declare independiente. Y como ha de corresponder su concepto al de solidaridad, acomodándose á éste, retrocede la dificultad, y mientras, para abarcar todos los fenómenos, se le ha dado la amplitud que acaba de verse, cuando de definir se trata, se ve que es incompatible con tantas acepciones la necesidad de particularizar para las aplicaciones del sistema.

Así es que las discusiones son inacabables y se revisten de los más variados aspectos, sin llegar á una solución completa.

Y no es de extrañar que así suceda y que el mismo señor Piernas afirme que una teoría completa de la solidaridad no ha sido todavía formulada por nadie, porque es fácil demostrar que hace falta definir y concretar esos conceptos; pero ¿quién tiene autoridad bastante para hacerlo y ser acatado como definidor? Solamente pudiera hacerlo algún apóstol de esas doctrinas, cuya aparición no se vislumbra, que hiciera primero el programa, y después los adeptos.

Mientras la discusión no abandone el terreno filosófico, importará poco la diferencia de opiniones y la falta de adhesión á un credo determinado, aunque, dígase lo que se quiera, interesa mucho ponerse de acuerdo en lo racional, porque ninguna teoría es buena si no resiste á la aplicación; pero si se pretende fundar un sistema político que haya de ser, por lo tanto, aplicado á la gobernación de los pueblos,



no cabe siquiera imaginar cosa semejante, sin que los principales trazos aparezcan tan vigorosamente dibujados que sirvan para la propaganda primero y para la resolución en actos después.

Y así se resolverá al cabo el problema. Cuando, como el Sr. Piernas dice, sea reconocida esa fuerza y pase á ser no ya ley natural, sino ley acatada y desenvuelta por el hombre, tomarán cuerpo los partidos, que se organizarán con jefes, harán sus programas y popularizarán las ideas en ellos contenidas, acentuando aquellos perfiles que conduzcan á la buena aplicación de la doctrina, sin que el desarrollo de solidaridades parciales pugne con el de la verdadera solidaridad y menoscabe el alcance de tan fecundo principio.

Ahora bien, ¿cabe poner en duda siquiera que nuestro nuevo compañero ha contribuído de una manera brillante y eficacísima al esclarecimiento del concepto de solidaridad, definiendo además el más conveniente, en su sentir, para las aplicaciones en el orden económico?

Si no tuviera el trabajo muchos otros méritos, que no señalo por las razones apuntadas, y porque voy ya rebasando las proporciones que la costumbre asigna en esta Academia para los discursos de contestación, bastaría ése para hacerse recomendable, no sólo porque es lo más urgente en el estado de las cosas, sino por haberlo realizado en términos que habrán de consultarlo cuantos pretendan formar juicio acabado sobre la situación de un asunto que con tanto calor en estos momentos se discute.

Tengo yo por generalizaciones arbitrarias muchas de las que llevan á este sistema socialista conclusiones arrancadas á la biología; considero de escaso valor los razonamientos empleados para derivar de la solidaridad de hecho, que se tiene por inconsciente, brutal y apta para la iniquidad y la injusticia, otra de derecho voluntaria y contractual, que puede establecerse directamente y con independencia de aquélla; conceptúo innecesaria la invención de una deuda contraída al nacer con las generaciones anteriores y posteriores



y con la nuestra propia, que á la vez que se la considera indiscutible, é inexcusable su pago para ser libre, se declara incalculable é imposible de saldar mientras dure la vida, con lo que nadie sería libre jamás; pero sin negar á los autores, y singularmente á León Bourgeois, talento clarísimo, ingenio envidiable y dotes especiales para popularizar por esos medios las ideas que defienden, doy, en cambio, gran valor á la feliz concepción del cuasi-contrato, porque, explícita ó implícitamente, hemos admitido las condiciones de vida social en que nos encontramos; y la interpretación de ese cuasi-contrato, estableciendo las condiciones en que hubieran podido y debido contratar, si en el caso de contratar se hubieran visto los contrayentes, se reconoce que es incumbencia del Estado, dándole ya intervención y limitándola á eso como autoridad, porque, fuera de ese campo, sólo intervendrá para interpretar cláusulas y hacer cumplir contratos libremente estipulados por los contratantes.

Y, sin embargo, no puedo menos de llamar la atención sobre los atinados y profundos razonamientos que hace el señor Piernas contra lo que acabo de exponer, rechazando toda imposición de la fuerza, negando eficacia al impuesto progresivo propuesto para hacer efectiva la solidaridad económica, declarando imposible su implantación de golpe y definiendo el Estado Económico Independiente como el medio más adecuado y natural de dar aplicaciones económicas al principio de solidaridad.

¡Y no digo más!

Hace un momento, señores académicos, daba al Sr. Piernas la bienvenida en vuestro nombre, y ahora, invitándole á que pase adelante, ¡le abro los brazos!







63



España.

93